

EL JUICIO

un relato de © gsmiga, e.h.l. 2009



EL JUICIO

© *gsmiga*
Agosto, Septiembre 2009
es.humanidades.literatura

I.

Mariquiña sintió el frío exterior al salir del Centro Cultural y Recreativo de Viladoce. Había asistido al baile de Carnaval que la sociedad celebraba todos los años. Se había liado con Dino y habían pasado un buen rato...hasta que se puso pesado y empezó a presionarla para ir a otro lugar más íntimo. La verdad es que Dino era un muchacho que no le desagradaba, pero no hasta el punto de llegar a mayores. Además, a última hora se había "cargado" un poco de bebida, y a Mariquiña le pareció que era mejor retirarse antes de que se pusiese desagradable. Eran ya las diez y media, y tampoco era cosa de dilatar la velada porque a la mañana siguiente debía acudir exacta al taller de costura-el más afamado de la villa-de doña Generosa Ramonde, que era muy exigente con la puntualidad de sus oficialas.

A medida que caminaba aprisa, estremecida por el húmedo y gélido ambiente, la muchacha creyó percibir que la seguían. El

pesado de Dino debía venir detrás-pensó-para tratar de rematar la jugada.

Se volvió y sólo alcanzó a ver sombras, apenas dibujadas por la raquíta luz de la lámpara de 25 vatios que alumbraba la estrecha calle por la que transitaba. Reanudó la marcha a buen paso, y pronto llegó a la entrada del callejón de la Caramoniña, que la llevaría directamente a su casa, que estaba al final del mismo. Apretó el paso para atravesar el oscuro pasadizo que siempre le producía un sentimiento de desasosiego. Eran setenta metros que a la marcha que llevaba dejaría pronto atrás. Cuando llevaba recorrido un tercio del camino, sintió un cuerpo pesado que se abalanzaba sobre ella...

—¡Dino... no seas pesado... Déjame ya — protestó estremecida de miedo.

Una respiración afanosa, cargada de efluvios etílicos fue lo único que escuchó, al mismo tiempo que sentía unas manos pesadas y ávidas recorriendo su cuerpo. Se revolvió furiosa y tiró a bulto una bofetada que se estrelló contra un rostro áspero con una piel semejante al cuero...

—No es Dino —tuvo tiempo de pensar an-

tes de recibir un tremendo puñetazo en la mandíbula que la dejó traspuesta...

Venancio Abelairas Outón, bajaba por el callejón de Caramoniña después de haberse despedido, como de costumbre, de la tasca de Manolo Santalices, con el cerebro cargado de las emanaciones de la botella de Albariño que se había metido entre pecho y espalda, cuando a poca distancia escuchó movimiento. Era algo parecido a una lucha entre dos personas, y luego...sólo alcanzó a oír un jadeo premioso. Se acercó con precaución hasta que pudo avizorar dos sombras apoyadas contra la pared de una casoupa ruínosa..., escrutó con atención y vio a un hombre que estaba manoseando a una mujer que gemía débilmente. Estuvo a punto de retirarse para no estorbar a la pareja de enamorados, pero le llamó la atención observar que la mujer tenía la cabeza completamente caída a un lado...como si no estuviese en buenas condiciones...Se acercó...pudiera ser que hubiese tenido una falsa impresión y se tratase de que el hombre estuviese reanimando a la mujer...

—¿Qué pasóu, xefe... precisan axuda...?

Estaba al lado mismo de la pareja, en medio de una total oscuridad, pero tuvo

tiempo de observar unos ojos conocidos...antes de recibir una bestial puñada que le lanzó contra el suelo aturdido. Al cabo de unos segundos, levantó la cabeza y observó al fulano que trataba de arrastrar a la joven unos metros más arriba. No lo pensó, agarró una piedra de regular tamaño, y en tres zancadas estuvo detrás y la descargó con fuerza en el cráneo del individuo, que se derrumbó como un buey en el matadero.

La mujer cayó con él, y Venancio escuchó un débil gemido que salía de sus labios, sin otra señal de que estuviese en sus cabales. Se abalanzó encima del fulano que yacía de bruces para darle la vuelta y confirmar sus sospechas. Pero al agarrarlo por el cuello del gabán, sintió un líquido pegajoso en la mano. Encendió el mechero y observó que era sangre...¡Había matado al individuo aquél! Lo dejó caer de nuevo presa de una gran agitación. Ya no tenía curiosidad por saber quien era. ¿Y si la mujer lo denunciaba por matar a su marido...o su novio...o quien rayos fuera el fulano? No, ella no estaba en sí. Lo mejor era irse rápido de allí. Apretó el paso y se alejó del lugar; cuando había caminado unos metros, echó a correr, y no paró hasta divisar la escuálida bombilla "municipal"

que alumbraba la calle en que desembocaba el pasadizo. Entonces pensó que debía dar apariencia de normalidad, y aprovechando el último tramo de oscuridad total, se limpió la mano ensangrentada y se arregló la ropa en forma que juzgó suficiente. Encaró la calle con el aspecto de normalidad que deseaba aparentar. Pronto se dio cuenta de que la calle estaba vacía y nadie le veía, lo que lo serenó un poco. Pero tenía la boca seca, y las mejillas le ardían a pesar del relente nocturno. Se paró en el primer bar que encontró.

—Un albariño, por favor —pidió mientras iba hacia la puerta que señalaba los servicios del establecimiento.

Exoneró la vejiga, mientras las piernas le temblaban, y se lavó las manos y refrescó la cara, que ahora, al mirársela en el espejo, le semejó blanca como papel de liar. Se peinó y arregló la ropa, y salió convencido de ofrecer un aspecto digno. Mientras refrescaba el reseco y coriáceo paladar con la "aguja" afrutada del vinillo, Venancio comenzó a pensar en la muchacha que había dejado yaciendo en el pasadizo, completamente indispueta. No sabía porqué, pero tenía la impresión de que no era la novia ni la mujer del trago que

la sobaba...porque ahora recordaba que la actitud del tío era, más bien de magreo total, que de ayuda a una dama necesitada. ¿Y si pensaban que era ella la que le había soltado la pedrada que ultimó al sátiro? Sí, estaba convencido que el holgazán aquél era de cuidado. Si era quien creía por la mirada que alcanzó a ver...bueno, cualquier mujer daría algo valioso por mantenerlo a distancia. Lo más alejado posible.

Acabó el vino y observó que la calle empezaba a animarse, y el bar a llenarse de gente que iba a refrescar el gaznate y tomar unas tapas antes de irse a la velada nocturna del Casino...o la del Liceo, que eran los dos centros de reunión social del señorío de Viladoce.

De repente pensó que mientras todo aquél gentío iba a divertirse, una pobre muchachita asustada, despertaría fría y sucia en aquél callejón con un cadáver al lado...Decidió hacer algo. Primero se le ocurrió escribir una nota y tirarla envuelta en una piedrecilla, desde la esquina de la casa-cuartel de la Guardia Civil. No-se dijo podrían reconocer mi letra, porque tienen medios para averiguarlo...y entonces me caería el mundo encima. Toda su resolu-

ción se vino abajo instantáneamente. Era imposible dar cuenta de un asunto sin que lo relacionasen con él. Pero se le ocurrió llamar por teléfono al cuarto de socorro y dar cuenta de un "accidente" en el callejón...

Iba a llamar por teléfono desde allí mismo, pero creyó que el barman había tenido tiempo de fijarse en él. Llamaría desde una cabina. Sería lo mejor.

Salió a escape...¿y si la chica no se recuperaba por sí sola? Vete a saber si estaba en coma. Estaba en la cabina, muy cerca del cuarto de socorro. Descolgó el teléfono...—¡Maldición de Dios!—blasfemó—. No sabía el número del centro asistencial. Y no iba a entrar ahora en un bar a pedir el listín de teléfonos...¡y la pobre chiquilla sola, inconsciente...!

La puerta del cuarto de socorro estaba a cuarenta metros doblando la esquina a la derecha. Echó a correr...

—¡¡¡Hay un crimen en la Caramoniña!!!—estaba a la puerta del centro de auxilio, y algunos de los transeúntes que pasaban en jolgorio miraron en su dirección, sin reparar apenas en él. Pero ya no se paró y

echó a correr como alma que lleva el diablo.

Mariquiña empezó a percibir el frío que se apoderaba de sus huesos, y notó una superficie dura en su espalda. Movi6 la cabeza a derecha e izquierda y notó que el mundo giraba locamente como un tiovivo. Esperó a que pasara el vértigo, cada vez más consciente del frío que la invadía y de la solidez pétrea de su lecho accidental. Cuando se incorporó, muy despacio, notó subida su falda y desgarrada la braga. Una viscosidad espesa manchaba la cara interna de sus muslos, provocándole una sensación insufrible de suciedad y asco que la hicieron vomitar allí mismo. La oscuridad era total, pero ya acostumbrada a ella, pudo levantarse y apoyarse en la pared de la casupa, y mientras recobraba al aliento que la ira y la vergüenza le cortaban, observó el cuerpo que yacía a sus pies.

Entonces, dominando su repulsión, se inclinó sobre él y trató de voltearlo para conocerlo...Tuvo que sofocar un alarido de horror al sentir sus manos llenas de la sangre del individuo. A trompicones se alejó de allí.

No quería pensar nada. No quería recordar

nada. No quería saber nada. Solamente quería limpiar su cuerpo y dormir...dormir...dormir...

Estaba ya en el portal de su casa. En sueños, sin saber cómo, se encontró dentro de la bañera, frotando rabiosamente su sexo, lavando la ofensa recibida, que le parecía imborrable, aunque gastase todo el jabón del mundo...Vació el recipiente, y volvió a dar al grifo para llenarlo, mientras cerraba los ojos y esparcía, por enésima vez, el gel de baño en el agua incipiente que acariciaba de nuevo su cuerpo...

Recordó que no sabía si el fulano que yacía a su lado era el autor de su humillación...No había tenido valor para verlo porque la asustó la sangre. Pero...si él estaba ensangrentado... ¿no sería quizá alguien que trató de defenderla y fue agredido por su asaltante? Eso tenía sentido. El hijo de puta aquél, la estaba violando, y el fulano asesinado-ya no dudaba que el individuo estaba muerto-trató de interponerse, y el canalla lo mató, acabó su "tarea"...y se largó. Faena completa, el muy cabrón, Dios lo confunda por los siglos de los siglos...

La venció un sopor letárgico, nervioso, sa-

cudido de espasmos frecuentes y visiones aterradoras...

Venancio fumaba en pijama en su cuarto. El sueño había huido, y en cambio, no cesaba de maldecirse por su estupidez. ¿Por qué tuvo que gritar que se había cometido un "crimen" en la puerta del cuarto de so-corro?

Claro, alguien podría —llegado el caso— preguntarle...¿y cómo sabía usted que se trataba de un crimen? ¡¡¡Ya estaba bien jodido!!! Le dieron ganas de abofetearse por gilipollas. Podrían haber reconocido su voz, y entonces...si se ponían exquisitos tendría que dar una serie de explicaciones...de muy mala explicación... Expelió una bocanada de humo, y decidió ir al comedor y servirse una copa de brandy...Total, ya no podría dormir en toda la noche... ¿Qué sería de la pobre chica? Porque estaba convencido de que necesitaba ayuda urgente en manos de aquél truhán...Pero matar a un fulano...Eso no le iba a salir gratis...

—¿No duermes, Venancio? —la espesa y soñolienta voz de su mujer lo sobresaltó...

—Tengo acidez de estómago. Voy por la

sal de frutas. Descansa tú.

Con el primer buche de brandy en la boca se percató de que estaba en muy mala situación, porque con un fulano muerto y una chica en coma, alertado el servicio médico, una vez comprobado el "crimen" que en su inmensa estupidez había voceado, a las autoridades no les quedaría otra que perseguir el esclarecimiento total de los hechos. Y entonces...tragó el buche de brandy, que le supo a lejía...

II.

—Pero vamos a ver, doctor, ¿usted no me puede decir quien le dio el aviso del crimen?

—Pues... con total certeza no, sargento...

—Pero... ¿cree que pudiera conocer al que gritó?

—No estoy muy seguro...Prefiero reservar mi opinión...

—Pues así no puedo trabajar. A ver, dígame lo que encontró.

—Bueno, primero estuvimos dudando por si se trataba de la ocurrencia de algún bromista...ya sabe, el Carnaval...

—Siga, por favor.

—El caso es que el practicante dijo que por llegarse allí tampoco pasaría nada, ya que no está a más de diez minutos de dis-

tancia a buen paso...De modo que le dije que fuese con un soldado de la Cruz Roja y me enviase aviso por el sorche de lo que hubiese...

—¿Está el soldado de servicio?

—Pues no, hace la guardia nocturna...

—Prosiga, doctor...

—Bien, al poco rato llegó el quinto a escape y me comunicó que había tirado un hombre sin sentido en el pasaje Caramoniña. Me dijo que el señor Orjales, el practicante, lo estaba ayudando a recobrar el juicio, que enviase la ambulancia porque precisaría unos puntos de sutura en la cabeza que alguien le abrió de una buena pedrada...

—¿Qué impresión le ofreció el herido?

—Bueno, exploré la herida y no tenía el cráneo roto, pero sí un "siete" de doce centímetros en la zona occipital, por golpe contuso de una pedrada...probablemente...

—¿Probablemente?

—Pues sí, porque la herida no tenía la lim-

pieza de un "tajo" de arma blanca, sino los bordes "rasgados" e inflamados por la contusión producida por un fuerte golpe. Desinfectamos la herida, cosimos, le largamos la antitetánica, por prevención, y a casa con volante para su médico de APD. El herido se llama Benigno Blanco Pérez, y vive en Alba...a las afueras...

—Sé donde está... ¿Explicó algo sobre el lance?

—No. Fue muy poco comunicativo. En fin...podría añadir...Bah, nada...

—No, no. Ahora acabe lo que comenzó a decir, doctor.

—Bien. Mi impresión personal es que se trata de un individuo peligroso, de esos que hacen frente a lo que sea...No es extraño que el agresor lo atacase por la espalda. Cara a cara...hubiese sido difícil dañarlo así.

—Bien, doctor, ya sabe usted que posiblemente lo llamen del juzgado para declarar en la encuesta que se abra para esclarecer los hechos...

—Estaré, como siempre, a su disposición.

—Que pase un buen día, doctor.

—Igual le deseo, sargento.

Mientras iba caminando lentamente hacia el cuartel, el sargento José Gamallo Sieiro, pensaba que aquél asunto no tenía visos de resolución. En realidad nada había para estudiar. Una cabeza abierta, en un callejón oscuro, sin culpable reconocido. Nada más. Pudo haber sido cualquiera en una noche de jolgorio...Pero ¿por qué a aquél fulano concreto? El médico le había explicado que la agresión fue por detrás. Luego, quien fuese, debía conocer al agredido y lo siguió por el callejón con ánimo de cargárselo. ¿Por qué si no le iba a dar un trompazo a traición con una piedra? Además, si era tan bragado como le pareció al médico, un ladrón de frente no hubiese salido bien parado. Y el ataque trasero tampoco obedecía al intento de robo, pues el fulano no echó en falta ninguna pertenencia. No hay nada que atar, se mire por donde se mire...Bueno, sí hay algo, porque está el individuo que se puso a vocear que se había cometido un crimen. ¿Por qué berreó eso? ¿Acaso fue testigo del ataque a la víctima? ¿Y por qué se limitó a gritar y escapar? ¿A qué temía el anónimo denunciante?

—Oye, Fontoira —llamó al guardia de puertas—, dile al cabo Ferreiro que envíe a una pareja a la dirección que le daré en mi despacho. Y que me traiga al paisano a declarar aquí. Hala.

—A la orden, mi sargento.

Ahora estaba estudiando la apariencia del herido que estaba sentado frente a él. Con la cabeza completamente vendada, parecía un derviche de las tribus pathan, con el mismo aspecto ennegrecido por muchos soles sobre un cuero facial reseco, áspero y cuarteado por múltiples arrugas que semejaban canalillos por donde discurría el abundante sudor que transpiraba el individuo. Al sargento le pareció que la temperatura ambiente, más bien baja, no justificaba semejante exudación de flujo corporal.

—¿Cómo se encuentra?

—Psé...voy tirando...

—¿Cree que puede contestar a unas preguntas?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que le pasó ayer...

—No sé lo que me pasó, sargento. Sentí un fuerte golpe atrás...y ya no me dí cuenta de nada.

El sargento observó los ojos del sujeto. Miraba en forma oblicua, esquinada. Y tenía en la mirada un brillo duro, inclemente, temible. Al guardia civil le dio la impresión de tener delante a un hombre que no vacilaría en apelar a todos los recursos para imponer su voluntad. No cabía duda que un fulano así, tendría numerosos enemigos...

—¿Sospecha usted de alguien? —preguntó.

—Ya le dije que no pude darme cuenta de nada.

—Me refiero a alguna enemistad que usted pudiera tener...

—No tengo enemigos.

—¿Ni siquiera una envidia de vecinos, una discusión por cuestión de lindes? ¿Tal vez una partida de cartas...?

—No me presto nunca a discutir con nadie. No sé jugar a las cartas.

—Pero... ¿a usted no le parece raro que...sin motivo...alguien desconocido le rompa la cabeza de una pedrada...?

—Hay mucho loco suelto...Además era Carnaval.

—Ya es el segundo que me lo dice...

—¿A qué se refiere?

—No. Nada. Puede irse.

Otra vez estaba como al principio. ¿Y que le decía al juez? Tenía un atestado con una sola línea: Contusión craneal producida por ataque con piedra, sin autor conocido. Nada más. El problema era que, aquella herida tardaría en curar más de 15 días, con lo que se convertiría en delito. Y un delito hay que investigarlo. Por lo menos hasta estar razonablemente seguro de que no se puede sacar más agua del pozo. Que era, justamente lo que le pasaba ahora. Porque el pozo...estaba seco. El sargento decidió que volvería a ver al doctor. Quedaba una tecla del piano por pulsar. Habría que ver si sonaba.

El primer cuidado de Venancio al llegar a su trabajo en la notaría del señor Emiliano

Barandalla, fue hojear la prensa con toda atención. Primero miró las cabeceras y titulares buscando la noticia de un "crimen" en el pasaje Caramoniña. Nada. Suspiró aliviado. Por lo menos, no lo había matado. Luego se fijó en la sección de "sucesos", y buscó las notas de asistencia facilitadas por el cuarto de socorro...¡allí estaba! "Herida contusa en zona occipital, sin interesar lesión craneal". ¡Bien! Volvió a suspirar. Continuó leyendo el nombre del asistido...y el alma se le cayó a los pies. ¡Era quien había pensado! ¡El cabrón del Benigno! El fulano más peligroso que había visto en su vida. Todos aquellos que lo conocían escapaban de él como de la lumbre. Todavía recordaba lo que le había pasado a Fulgencio, que había discutido con él por cuestión de una plaza de aparcamiento. A los dos días le apareció el coche quemado. Nada se pudo probar. Llamado a declarar al Juzgado, el fulano, más templado que acero de forja, se limitó a negar cualquier noticia del suceso, mientras miraba a la fiscal con un brillo retorcido en los ojos. La mujer no tuvo empucho en reconocer después, que se había sentido desnudada e intimidada por aquella mirada. ¡Qué horror de sujeto!, barbotó estremecida al finalizar la declaración.

A Venancio le sudaba hasta el bigote solamente imaginando que Benigno hubiese avizorado sus ojos como le había sucedido a él con los del matasiete. Pensó en las calamidades que le aguardaban en caso de que el otro estuviese preparando su venganza. Le quedaba la esperanza de que, ocupado como estaba en sobar a la mujer, ni se hubiese fijado en él. Pero-recordó con un estremecimiento de horror-pudo reconocerlo por la voz, al ofrecer su ayuda. Venancio tuvo en aquél momento la sensación de que le aguardaba un sinvivir, esperando el hachazo vengativo de aquél animal. No es que se conocieran mucho, pero frecuentaban el mismo café por las tardes y, naturalmente, se habían escuchado mutuamente al comentar los lances de alguna partida, aunque no solían compartir mesa...Ya se sabe que todos los parroquianos de un mismo establecimiento se conocen...

Mariquiña había acudido puntual al obrador de la señora Ramonde. Tenía la cara pálida, ojerosa, denotando la fatiga acumulada en una dilatada noche mal dormida. Al ver su aspecto, doña Generosa voceó bienhumorada... ¡Hay que ver lo que aprovechan el Carnaval algunas!, y guiñó picarescamente un ojo, señalando con la

cabeza a la muchacha entre la algazara general de sus compañeras, que la observaban con curiosidad no exenta de malicia. A la pobre la acometió una intensa basca, y hubo de retirarse al baño a echar la bilis acumulada en su vacío estómago, incapaz de tolerar ningún tipo de alimento. Toda la jornada discurrió en la misma forma, una especie de sopor automático, en que como un robot Mariquiña realizaba su tarea cotidiana mecánicamente, sumida en una espesa bruma en que se veía a sí misma moverse, coser, respirar...y vomitar, como si se tratase de alguien completamente ajena a ella.

Más tarde, entrada ya la mañana, le entró una opresión en el pecho y un fuerte impulso de llanto que apenas pudo contener. Nuevamente volvió al aseo a lavarse los ojos. Y cuando iba a salir, volvió a romper a llorar sin pausa y sin consuelo. Se sentó en la tapa del váter y se dejó estar mientras las lágrimas fluían incontenibles y la sensación de desamparo, temor y rabia crecían en su interior...

—¿Te pasa algo, Mariquiña? —la voz de la Ramonde sonó al otro lado de la puerta...

—No es nada, salgo ahora mismo.

—Si te encuentras tan mal, es mejor que te vayas. Por la tarde estarás mejor...

—No será necesario, doña Generosa, ahora voy.

De nuevo en su puesto, mientras repasaba los bajos de un vestido de noche, volvió a preguntarse que habría sido de aquél hombre al que habían partido la cabeza por defenderla. Lo había intentado pero su agresor había completado la abyección. Su sacrificio había sido estéril. Y sintió pena por él, y por sí misma; y un mundo en que cualquier depredador podía consumir sus siniestros designios le pareció un lugar hostil, invivible, peligroso, terrible.

III.

Don Tomás Vázquez Arenas estaba sentado en su despacho conversando con el sargento Gamallo. Ambos hombres repasaban los sucesos de la antevíspera, y luego de llegados a su final, sin haber hallado nada nuevo de particular interés, el sargento entró a matar...

—Me dijo usted, doctor, que posiblemente pudiese reconocer al que voceó el "crimen" en la puerta del cuarto de socorro...

—Bien..., por un momento me pareció conocido el timbre de su voz. Pero no tengo total certeza, y prefiero ser prudente...

—¿Qué fue lo que le hizo pensar en alguien conocido?

—Bueno, me pareció una voz con acento asturiano...que no es muy peculiar aquí...

—Explíqueme eso, por favor.

—Bien, ya sabe usted que el acento asturiano se diferencia completamente del gallego, aunque a los habitantes de la meseta les suene muy parecido...

—Ya. Pero nosotros somos gallegos y lo conocemos perfectamente...

—Conocemos... ¿el qué?

—Nuestro acento. Y sabemos diferenciarlo del asturiano. ¿O no?

—Sí, claro. Además, yo tuve mi primera plaza en Cangas de Narcea y sé de lo que hablo.

—¡Perfectamente, doctor! —el sargento se animaba mucho—. Y ahora convendrá usted conmigo en que en esta villa, no hay muchos asturianos. Yo, al menos, no conozco a ninguno. A no ser que, a fuerza de vivir muchos años entre nosotros, ése hipotético asturiano haya perdido el acento.

—Podría suceder, pero sin embargo, a casi todas las personas en los momentos de peligro o excitación, y a no ser que hayan educado muy bien la voz y tengan perfecto dominio de sus impulsos, les aflora el

acento que "mamaron"...

—Quiere usted decir que el fulano que gritó, lo hizo muy excitado, y que por eso le salió el acento, aún en el caso de que ya tuviese asimilado el que nos es propio.

—Algo parecido...Pero si es quien yo pienso, aunque cabe que me equivoque, el señor que voceó, no lleva tantos años entre nosotros...

—¡No me diga! ¿Y cómo sabe eso, doctor?

—Bueno...estamos hablando de suposiciones... ¿no es verdad?

—Hasta ahora sí, doctor...

—Bien...el tema es que hace un año compré una casa en Cesantes, y hube de ir a la Notaría de Barandalla...El caso es que en las tres ocasiones que acudimos el vendedor y yo, nos atendió el mismo oficial. Casualmente me llamó la atención su acento asturiano, y así me lo confirmó el señor. Nos contó que era de Pravia, y que había acudido a la llamada de Barandalla a quien se lo recomendó un notario de Gijón, con el que trabajaba y que iba a cerrar la oficina por jubilación. Nos dijo que lle-

vaba aquí cinco años...

—O sea, que conservaba todito el acento...
¿no?

—Talmente, pero recuerde que nada hay
seguro y pude haber oído mal...

—¿Ha tenido problemas de audición alguna
vez, doctor?

—Hasta la fecha, no. Pero pueden aparecer
de repente...

—¿Y usted cree que le está apareciendo
alguna hipoacusia repentina?

—Eso tendría que decirlo un especialista.
Pero yo noto que oigo igual que siempre.

—Una cosita más, doctor. ¿Se prestaría a
declarar esto mismo delante del ministerio
fiscal, si fuese necesario?

—Siempre que lo necesite...Pero expresando
las mismas cautelas que acabo de señalar.

—¡Naturalmente, doctor, faltaría más!

Al salir del despacho del médico, el sar-

gento Gamallo ya tenía un hilo del que tirar. Ahora —pensó satisfecho— no queda más que cebar el angazo, y esperar a ver qué pica.

Ciertamente, el galeno había formulado una serie de consideraciones... pero había sido rotundo al hablar del acento asturiano, y de su plaza de médico en Cangas de Narcea...y luego aquella disertación acerca de la permanencia de los acentos...El sargento sintió redoblarse su respeto y admiración por los hombres de ciencia, ¡qué tacto en las apreciaciones!, ¡qué prudencia en el discurso!, ¡qué sutileza a la hora de las conclusiones! El sargento meneó el tri-cornio admirativamente... ¡daba gusto observar el equilibrio y la medida del doctor Vázquez! Precisamente ahora, debería dar él mismo prueba de sutileza policial. Y no estaba dispuesto a esperar mucho, porque ya mismo se iba derecho a conocer al "garganta profunda" asturiano. Debía dar muestras de un tacto especial para llevar a buen fin su misión. Pero ya estaba en marcha y nada lo detendría. Ignoraba el nombre de la persona que buscaba, pero no le cabía duda que sabría llegar a ella, porque a estas alturas, ése pequeño inconveniente-pensó-no va a frenar la investigación.

Penetró en la notaría y se destocó. Al frente observó un mostrador y una atractiva señorita que le sonrió gentilmente y preguntó en que podía ser le útil.

—Buenos días, señorita. Verá, estoy aquí por indicación de un conocido que fue muy bien atendido. Y ante una posible transacción, aún sin concretar, desearía saber el nombre, e incluso conocer si fuese posible a esa persona tan eficiente...Creo recordar que me dijeron que es asturiano...

—¡Oh, sí!—, dijo la chica—. Es el oficial segundo, señor Abelairas. ¿Desea acompañarme adentro o prefiere que lo llame?

—Si no es mucha molestia, y por tratarse de una simple presentación, le agradecería que lo llamase, por favor...

—Ahora mismo—, sonrió la muchacha al tiempo que abría la puerta que daba a una gran oficina.

Abelairas...Abelairas...no es muy asturiano el apellido. Más bien es de la tierra —caviló el sargento—, pero la señorita enseguida lo identificó cuando pregunté por un asturiano. En fin, pronto saldremos de dudas...

La puerta se abrió a impulso de la sonriente empleada, seguida de un hombre alto, de buena presencia y con un poblado mostacho, modelo Pancho Villa, más propio de pretéritas épocas.

—Buenos días... ¿pregunta usted por mí?— la voz del individuo mostachudo mostraba un deje temblón que alertó al guardia civil.

—Sargento Gamallo, para servirle. Me ha hablado de usted alguien a quien atendió hará cuestión de un año, a raíz de una compraventa que realizó en la provincia de Pontevedra...Creo que en Cesantes...

—Pues...así de repente...Comprenderá usted que por aquí pasa mucha gente y es difícil recordarlos a todos... ¿Hace un año, dice?

—Sí, se trata de un médico que...

—¡Ah, guaje, yé el doctor Vázquez!

Ya tragaste el anzuelo —pensó el sargento—. Ahora hay que tirar del sedal muy despacio, para asegurar la presa...

—Pues sí, de él se trata. ¿Lo conoce usted

de algo más que de atenderlo aquí?

—Pues el invierno pasado, atendió a mi mujer de un catarro muy fuerte, y la acompañé a verlo en dos ocasiones.

Vaya —pensó el sargento—. Así que la confidencialidad médica se respeta, después de todo.

—No sabía que tuviese consulta privada —le dijo a su interlocutor—. Creía que solamente consultaba en el cuarto de socorro...

—Bueno...y qué desea usted —dijo el Abelairas, que había recuperado su voz temblona, repentinamente ante la atenta observación del agente —.Si desea alguna cosa en concreto...

—Deseo saber si podría hablar con usted en un lugar más reservado —pidió Gama-llo sonriendo por encima del hombro de Abelairas en dirección a la solícita señorita-para ponerle al corriente de mis pretensiones...

—Tenga la bondad de seguirme...

Entraron en la gran sala que había entre-

visto el sargento, y se dirigieron a un cubículo acristalado, desde el que se divisaba una panorámica de la habitación.

—Por favor, entre y siéntese —rogó Abelairas, al tiempo que abría la puerta y cedía el paso a su acompañante. Una vez acomodados a ambos lados de la gran mesa de nogal, se miraron...

—Pues...usted dirá, sargento...

—En realidad, mi consulta será muy breve. Me gustaría que me dijese qué hizo usted ante la puerta del cuarto de socorro anteayer alrededor de las once de la noche—. Había disparado su artillería a balarrasa, y ahora habría que observar los desperfectos que causaba en las defensas de la fortaleza de Abelairas.

—Pues —el oficial había palidecido, y le galleaba la voz en la laringe—. No creo haber hecho nada de particular...Ni siquiera soy consciente de haber estado allí —la voz seguía temblona, y Gamallo fué consciente de que no tenía enemigo enfrente. Apretó.

—Escuche, señor Abelairas, si no quedo satisfecho de esta entrevista... volveré con

una orden judicial...

Eso de hablar de no ser "consciente" de haber estado ante el cuarto de socorro, olía a defensa anticipada ante una acusación aún inédita. —Ya es mío —exultó el agente.

—La verdad —cacareó Abelairas—, no recuerdo...

—¿Como no va a recordar lo que hizo el martes de Carnaval, que fue anteayer mismo? ¿Estuvo o no estuvo allí? ¿Y si no estuvo, en donde estaba a las once de la noche en realidad?

—Pero...¿qué trascendencia puede tener dónde haya estado o no? —. El pez se resistía a dejarse llevar al cesto.

—Pero si no tiene ninguna importancia, seguramente podrá recordar dónde estuvo usted. Porque lo cierto es que alguien pudo haberlo identificado muy cerca del lugar donde se cometió un "crimen"—. Había omitido que lo identificasen cerca del cuarto de socorro para evitar que localizase al médico como su fuente de información. Y el astuto Gamallo, le habló de su estancia cerca del lugar del crimen, pa-

ra meterle más presión a la caldera que bullía en la mente de Abelairas. Ahora pensaría que lo habían visto varios testigos.

—¡Por favor!—, gimió derrumbado —¡No es lo que usted piensa, sargento!

—¿Y qué cree usted que pienso yo? Lo que importa es lo que piensen el fiscal y el juez...

—¡Por Dios!—, revolvió la cabeza desesperado, en sentido circular, abarcando con la vista toda la oficina—. Le rogaría que hablásemos en otro lugar. Aquí...a la vista de los empleados...

—Muy bien. Acompañeme al cuartel, entonces...

—¿No podríamos dar a esto un carácter más...reservado? —imploró angustiado.

—¿Qué propone usted?

—Me parece que sería mejor para mí que viniese usted a mi casa...si fuese posible. Le explicaría todo...detenidamente... —su mirada era implorante.

—¿A qué hora le conviene que vaya?

—¿Podría ser a las seis de la tarde?

—Allí estaré sin falta. Buenos días y gracias por su atención.

—Aaa... ssu disposición —balbuceó, suspirando, el atribulado Abelairas.

IV.

Los dos hombres se encontraban en el salón de la vivienda del oficial de notaría. Se había producido un cambio sustancial desde su primera entrevista aquella misma mañana. Porque, Abelairas, en su propio terreno, aparentaba un aplomo que cogió desprevenido al sargento Gamallo. No obstante, el agente no se dejó impresionar. Era hombre de recursos y estaba seguro de que aquél pájaro no se le iba a escapar. —Caerás antes de lo que piensas —se dijo Gamallo para sí—, es cuestión de seguir apretando la rosca...

—Bien, señor Abelairas, soy todo oídos.

—¿Quiere tomar algo?—, ofreció su interlocutor, mientras se servía una generosa dosis de brandy-.

—Gracias, pero nunca bebo de servicio.

—Bien, he de decirle que cuando hablamos antes, estaba en un momento delicado.

do porque no es corriente recibir visitas como la suya en mi despacho. Me sorprendió el motivo de su visita que, al principio, parecía no tener nada que ver con su objeto posterior...

—Bueno, pero ahora las cartas están en el tapete, y hay que jugar la mano. Y usted tiene que explicar qué es lo que hacía en el lugar del "crimen" —disparó el agente.

—Usted no tiene ninguna prueba que sustente su afirmación —. Ni el más leve temblor de voz, ni el más insignificante signo de inquietud se percibía ahora en la voz de Abelairas.

—¿En dónde estaba usted por la noche del martes de Carnaval? La pregunta es fácil de responder. Estaba allí o no. Dígalo usted y acabemos.

—¿Soy sospechoso de haber cometido el "crimen" en cuestión?—. Había una nota de arrogancia en la voz de Abelairas.

—De momento es pronto para hablar de sospechas...

—¿Entonces por qué quiere saber dónde estuve ésa noche?

—Por necesidades de la investigación.

—¿Y por qué me pregunta a mí? ¿Es que acaso soy el único ciudadano que debe dar cuenta de sus actos aquella noche? Las calles estaban llenas de gente jaranera. Pudieron estar mil personas en mi lugar, ¿o no?

La situación había dado la vuelta. El sargento se arrepintió de no haberlo llevado al cuartel por la mañana. Ahora iba a ser más difícil quebrar la voluntad del fulano, que estaba muy dueño de sí...

—¿Y si le dijera que le han identificado? Pudiera ser que alguien hubiese observado sus movimientos. En cualquier caso, usted pudo haber visto algo que yo puedo necesitar saber—, ensayó otro camino —Cualquier ciudadano está obligado a colaborar con la Justicia...

—El caso es que usted no sabe decirme quien me pudo ver. En realidad, no deberíamos estar discutiendo algo que no tiene ninguna base.

—Mire, a veces no hace falta ver a alguien; puede ser reconocido por factores distintos de la pura visión personal... por ejemplo, la voz...

Maldita sea, ya sabía que gritar delante de la puerta del cuarto de socorro le iba a traer consecuencias...A ver qué decía ahora...

—Venga, sargento, en una noche de jarana con la gente berreando por las calles... se necesitaría un oído muy fino para distinguir una voz entre mil.

—No sólo el tono define una voz, el deje de la región de donde se procede —, otro disparo a ciegas.

—¿A qué se refiere concretamente?

—Bueno, hay acentos muy distintos al de aquí...

—Logo...¿vostede coida que me puideron recoñecere por non ter acento galego?—. Aquél fulano le había hablado en gallego, con el deje gutural de la Galicia interior, probablemente de la parte de Orense. El sargento sintió derrumbarse, súbitamente, sus esperanzas...

—¿Non nacéu vostede nas Asturias?—. Todavía probó para ver si el otro iba de "ful".

—Nacín nas Vendas da Barreira, o carón

de Verín. De moi pequerrecho fun cos meus pais a Sama de Langreo, e alí crecín e, polo sacreficio de les fixenme home de porveito. E agora diréille que na casa somentes falábamos galego.

—Pudo haberlo oído hablar la víctima—, otra descarga al aire—. Sin embargo, hizo efecto, porque el agente notó que la actitud de Abelairas cambiaba.

—Eso...en caso de que hubiésemos hablado—, replicó vacilante.

—Esta es una villa pequeña, que no llega a los veinte mil vecinos. Nos conocemos todos y nos oímos unos a otros con frecuencia...

Ahora Venancio sintió verdadero temor. Ya está, se dijo, el cabrón del Benigno lo reconoció al oírle ofrecer ayuda, y aunque no estuviese muy seguro...se lo dijo al sargento. Porque era muy raro que, al tercer día de ocurridos los hechos, ya estuviese aquél sabueso encima suya.

—Tenga en cuenta que es mejor colaborar de buen grado cuando se trata de esclarecer un asunto—, escuchaba la voz sosegada del agente, ¿no se cansaría nunca aquel

hombre?. Estaba allí, con su apariencia tranquila y formal. Sin prisa. Pero destripándolo lentamente. Y si tenía suerte de librarse ahora de él, seguro que volvería mañana, y pasado y el otro... hasta quebrar su voluntad.

—Puedo explicarlo todo, sargento—, claudicó.

—Ahora mejor que luego, señor Abelairas—. Gamallo estaba exultante, aunque su aspecto exterior era tan anodino como siempre. Eso contribuyó a reforzar la rendición de su contrincante, completamente seguro de estar ante una voluntad superior y, además, "informada". Porque aquél tío debía saber algo... por la forma que tenía de apretar...

—Le aseguro que traté de ayudar a alguien necesitado...En el fondo, hice una buena acción...

—Bueno...en cierto sentido dio usted "aviso" de un delito. Aunque le faltó valor para dar la cara...

—Sigue usted creyendo que fui yo el que voceó a la puerta del cuarto de socorro...

—¿Y quién si no?—, otro obús a ciegas.

—Sin duda contará usted con información de la víctima...—sondeó Abelairas.

—Ahora lo que interesa es que usted me diga lo que sepa...

—Bien. Yo...traté de auxiliar a alguien en apuros... Lo cierto es que cuando vi al fulano abusando de la chica...tuve que intervenir...

—La chica estaba en apuros... ¿no?—, el sargento estaba largando sedal aunque no sabía de qué iba la cosa.

—¡Ah, ya sabe lo de la chica!

—Por favor, cuéntemelo a su modo.

—Bueno, yo bajaba por Caramoniña, y aproximadamente a dos tercios de recorrido vi a un fulano forzando a una mujer. Al principio, creí que estaban haciendo el amor, pero luego creí notar que la muchacha estaba indefensa, casi sin sentido. Entonces pensé que el acompañante trataba de llevarla a lugar más visible, donde pudiesen prestarle ayuda. Me acerqué y ofrecí ayuda, y recibí un tremendo golpe. Caí

al suelo, y cuando me recuperé, a los pocos segundos, vi al mascachapas aquél que se llevaba a la mujer. Me levanté y le atizé con una piedra en toda la nuca. Cayeron los dos, y vi que la chica seguía sin sentido. Traté de voltear al animal aquél para confirmar mis sospechas, pero al notar sangre en mis manos, me asusté, creí que lo había matado, y escapé. Luego la conciencia me dictó que debía dar aviso del suceso...Y pasó lo que usted ya conoce.

—¿Y la chica?

—Pues...quedó allí. Seguramente la recogerían las asistencias...

—Debo decirle que no se portó usted muy bien...

—El pánico me invadió, porque sin pretenderlo, creí que había acabado con una vida...

—Antes habló de que tuvo la intención de confirmar unas sospechas... ¿Sobre qué extremo?

—Bueno, antes de recibir el trompazo, tuve tiempo de vislumbrar la mirada del fie-

rabrás... Sólo conozco a un tipo con ésa manera revirada de mirar... Da miedo. Por eso quería cerciorarme de que era quien yo pensaba.

—¿Y lo era?—, el sargento recordó la mirada del Benigno Blanco, con su cabeza vendada, cuando lo interrogó en su despacho.

—Pues sí. Al leer en "Sucesos" las asistencias recibidas en el cuarto de socorro, ya no tuve dudas. Era él.

—¿Quien?

—Pues Benigno Blanco... ¿No lo ha interrogado usted?

—¿A santo de qué?

—Pues...como se toma tanto interés... ¿Querría usted saber si reconoció a su agresor, digo yo...

—¿Qué cree usted que pasó con la mujer?

—No puedo saberlo—. Se encogió avergonzado —Huí...

—Venga, hombre, no se maltrate más...Por cierto, ¿conocía usted a ése Benigno Blanco de algo?

—No teníamos trato personal, pero íbamos al mismo café...Me preocupa que me haya reconocido...

—Bien, debo marcharme. Muchas gracias por su atención... Por cierto, ¿qué café frecuenta usted?

—El Café Armesto, en la Plaza Mayor...

—Muy bien. Que pase una buena tarde.

—¿Debo acompañarlo?—. Parecía sorprendido por el abrupto fin del interroga-

torio.

—De momento no—. El sargento sonrió amigablemente —Ya le avisaré en el momento oportuno. Adiós.

Ahora Gamallo tenía otra carta sobre el tapete. Aparecía una tercera participante en la acción..."Cherchez la femme", se dijo. Bueno, pero... ¿y si era una cobertura del fulano para justificar su ataque al Benigno? Podían tener rencillas personales. Quizá algún pique...porque conocer, se conocían. Además, la agresión no obedecía a un intento de robo. Por ser el autor quien era, tal hipótesis quedaba descartada; y

más si se tenía en cuenta que la víctima no denunció ninguna sustracción de sus pertenencias. Únicamente quedaba el motivo de la venganza. Ahora bien, ¿era el oficial de notarías Abelairas el tipo que espera en un callejón al enemigo que desea abatir por cualquier circunstancia de animadversión personal? Al sargento no le parecía posible, porque recordaba el estremecimiento que notó en su interlocutor cuando habló de Benigno Blanco. Claro que nunca se sabe...

Mientras se encaminaba al Café Armesto pensó que tendría que hablar otra vez con el doctor Vázquez.

V.

Eran las nueve y media de la noche cuando Gamallo cruzó la elegante puerta giratoria del Café Armesto. La concurrencia era la de siempre, con las acostumbradas consumiciones y el promiscuo vocerío de las subastas, discusiones, lances de partida, y los comentarios de los mirones...

—¡Hombre, sargento, cuánto bueno por aquí! ¿Qué es de su vida?

—El trabajo, Melitón, que me trae a mal traer. Anda, ponme un carajillo largo de caña...

—Al momento, señor Gamallo. Ya ve que seguimos igual...

—Sí, Melitón, veo las mismas caras de siempre—, dijo el agente, mientras correspondía con una sonrisa a los saludos que le dirigían desde una mesa cercana.

—¡A ver cuándo se te vuelve a ver por

aquí, Pepito, que desde que nos dejaste, éstos se nos comen!—, voceó don Enrique, su antiguo compañero de "chamelo".

—El trabajo me mata, Quique...Pero en cuanto pueda, volveremos a sacudir a modo a esos dos incompetentes—, sonrió Gamallo, indicando con el mentón a los dos compañeros de su amigo.

—¡Oy, qué miedo!...Menos lobos Caperucita—, berreó el de la izquierda, que le guiñó el ojo al sargento—. Ahora que no estas tú, sólo nos cuesta un poco menos de trabajo desplumar a estos dos rompefi-chas...

—Su carajillo, sargento, que le aproveche.

—Gracias, Melitón... Oye, una pregunta, echo a faltar algunas caras. ¿No se habrá dado de baja alguna clientela...?

—¡Eso nunca, señor Gamallo!... Aquí damos servicio esmerado—, sonrió Melitón
—Bien lo sabe usted...

—No cabe duda... Sólo me pareció... ¿No venía por aquí un fulano muy mal encarado...¿cómo se llamaba?

—Mmm... ¡Ah, sí, se refiere usted a ése que

le partieron la cabeza el otro día... El martes de Carnaval...

—Sí, creo que empezó a venir...

—Un poco antes de que usted nos abandonase, sargento. Un tío "vinagres" y de malas pulgas. Lo conocen por "Lanzallamas", pero su nombre es Benigno...

—Creo recordarlo vagamente... ¿Y por qué le llaman así?

—Es por su forma de mirar. Como si te fuese a sacar las tripas. Hará cosa de seis meses tuvo un pique con Helidoro, el de la granja avícola, se limitó a mirarlo de esa manera... El caso es que Helio no volvió en un largo tiempo... Y ahora viene cuando sabe que el otro no está. A partir de las siete o así... Dijeron que le sentó la mano, pero nadie puede dar razón. Uno y otro son dos tumbas y no dan explicaciones.

—¿Lo has visto por aquí últimamente?, digo al Benigno ése...

—Estuvo hoy mismo, con el "turbante" en la cabeza, y con el mismo aire "comehomes" que se gasta... A ése no lo ultiman aunque le espeten un yunque en

la "cachola", rediós...

—No te es simpático, ¿verdad?

—Si le soy sincero... porque uno es un profesional como la copa de un pino, pero, así Dios me salve, que muchas veces me dan ganas de señalarle la puerta. Es el único cliente desagradable que me he echado a la jeta en treinta años descorchando...

—¿Cuánto es, Melitón?

—¡La casa invita, sargento Gamallo! ¡Y a ver si recuerda a los amigos de cuando en vez!

—Muchas gracias, Melitón. Por la información, y por el carajillo... delicioso como siempre... Oye... ¿que caña le echas de aguja tan particular?

—¡Ja, ja! ¡Secreto profesional, señor Gamallo! Pero si es por verlo regresar al redil, la próxima vez que venga... igual se lo cuento...

—¡Que Dios te bendiga, Melitón!

—¡Y que a ti te acompañe, Pepito! ¡Vuelve con nosotros, que te trataremos bien!—,

voceó Quique.

—Adiós, hasta la próxima, y guardadme la silla—, se despidió Gamallo.

Al salir a la calle, chispeaban unas gotas como puntas de alfiler, y notó que había enfriado. Caminó a buen paso mientras alineaba las piezas del rompecabezas. El Benigno era un fulano de cuidado, que no tenía excesivas simpatías. Además, por lo que contó Melitón, no había tenido choque directo con Abelairas, lo que excluía, prima facie, cualquier intento de venganza del oficial de notaría. El cual, por otra parte, dada la fama pública de ogro que tenía el fulano, se mediría mucho a la hora de enfrentarse a él...incluso en un callejón oscurecido... ¿Y... qué hacía la mujer en semejante lugar, así, desprotegida? Eso en caso de que hubiese alguna mujer... Por eso necesitaba hablar con el médico.

Pero suponiendo que Abelairas hubiese atacado al Benigno y éste estuviese en compañía de su mujer, o su novia...lo natural sería que fuese auxiliado por ella. Claro que si era verdad que estaba inconsciente... Pero, suponiendo que hubiese recobrado el sentido, al ver a su hombre tan malparado pediría auxilio... Por otra parte,

el herido no había mencionado que tuviese compañía femenina en el momento de sufrir el ataque. También podría ser que el que estuviese con la mujer fuese Abelairas, y el Benigno por algún motivo decidiese ¿socorrerla? y recibiese la pedrada en el occipucio. Pero tampoco, porque al recobrar el sentido, ella denunciaría al oficial de notaría. Aquello no casaba bien. Además, hasta el momento, nadie había hablado de ninguna señora. Únicamente el agresor citaba a una mujer joven, asaltada-o eso le pareció-por el agredido.

Ya estaba en casa. Saludó al guardia de puertas:

—Buenas noches, Gundín.

—Sin novedad, mi sargento.

Subió el primer tramo de escaleras que conducían a su vivienda. —Mañana llamo al médico—, se dijo mientras cerraba la puerta.

—¡Buenas noches, cariño, ya estoy aquí!—. Su cerebro olvidó momentáneamente lo vivido. Ahora acababa de entrar en otro mundo.

VI.

—El motivo de mi nueva visita, doctor, es preguntarle si el día que atendió al herido en la Caramoniña, le oyó decir algo sobre una persona que le acompañaba.

—Pues no, sargento —respondió el doctor Vázquez—, no profirió ni una palabra. Ya le dije que era una persona hosca.

—Pero... cuando lo atendió el practicante en el callejón, ¿no vio si había alguien más?

—No. Allí no había nadie. Sólo estaba el fulano medio desmayado y con la cabeza llena de sangre... ¿Cree usted que si hubiese otra persona contusa no hubiese sido atendida?

—En modo alguno. Solamente se me ocurrió que podría haber alguien acompañando al herido..., no sé, quizá una persona conocida...

—Si hubiese alguien conocido con él, lo hubiese acompañado hasta aquí, ¿no le parece? Más aún, hubiese sido esa persona acompañante quien nos hubiese avisado, ¿no?

—Claro, parece lógico. Bien, doctor, no le molesto más. Buenos días.

—Adiós, sargento, ya sabe que usted no molesta nunca... Y si tiene alguna otra duda, vuelva cuando quiera...

Gamallo tenía ante sí una disyuntiva. O bien Abelairas había mentido, o la mujer que estaba en el pasadizo por el motivo que fuese, prefería conservar el anonimato. Tal vez, caviló, fuese una prostituta a la que le conviniese borrar cualquier huella de su participación en el lance.

Pero quedaba claro que, en caso de haber alguna mujer con el Benigno, no era su amiga, ni su novia, ni tenía ningún vínculo de clase alguna con él. Ahora bien, Abelairas había confesado de plano que le había abierto la cabeza a Benigno... ¿por qué iba a mentir sobre la mujer que estaba allí? Como había quedado acreditado que no tenía ningún motivo personal de animadversión con el herido, y además mostraba

un notorio temor hacia él, parecía inútil que el oficial de notaría utilizase el pretexto de auxiliar a una mujer víctima de Benigno para cubrir su delictivo proceder. Y si esto era así, el caso había llegado de nuevo a un callejón sin salida. O sea, se dijo, el caso del callejón... seguía en el callejón.

Porque la mujer... no aparecía por ninguna parte. Y a pesar de ello, al sargento le parecía que Abelairas no mentía... Era un pálpito. Como no sabía por dónde tirar, pensó en una resolución heroica. Conocía a un redactor de "La Voz", el diario local, que le debía algún favor, y se le ocurrió una medida que, siendo otro disparo al aire, era el único recurso para que la mujer que hipotéticamente estaba en el lugar de los hechos, se descubriese...si es que existía y tenía algún interés en el caso.

Se dirigió a la sede del periódico y preguntó por Juan Nine, el redactor adjunto. Y una vez en su presencia le expuso su pretensión...

—Verás, Juan, estoy en un aprieto y pienso que podrías ayudarme...

—Si es algo legal-respondió el otro con

ironía-me tienes a tu disposición.

—Déjate de coñas. Es un asunto delicado y necesito que lo expongas con toda cautela. Se trata del fulano que descalabraron el martes de Carnaval en el pasaje Caramoniña. Vosotros informasteis de su atención por los servicios médicos al día siguiente...

—Hummm, sí, lo recuerdo. Pero ¿no has averiguado nada aún?

—Pues no. Y por eso necesito que actúes tú. Mira, se trata de que informes de que el caso está en punto muerto, y que se sospecha que, además del ataque al herido pudo haberse cometido allí otro delito de tanta o más trascendencia... A ver cómo lo pintas...

—Pues... tiene muy mala pintura. ¿No me puedes dar más datos?

—Ninguno.

—A ver qué hago... porque tú me lo pides...

—Es importante que el tono sea discreto, conviene no alarmar a...

—¿A quién?

—Es que no lo sé...

—Porque tú me lo pides —repitió Nine meneando la cabeza.

—Gracias por todo. Hasta más ver.

—Adiós hombre... Anda que traes cada encargo...

El sargento Gamallo salió del periódico con una sensación de completa esterilidad. Era el último cartucho que le quedaba, y había muy pocas posibilidades de que hiciese blanco. Se encogió de hombros. Al menos —se dijo— hice todo lo que estuvo a mi alcance...

Mariquiña seguía con el ánimo en los talones. Su estado no había experimentado ninguna mejoría. Sentía que era un guiñapo. Jamás había pensado que se pudiese tratar a alguien como a ella. Todavía se estremecía de horror y asco recordando aquellas manos recorriendo su cuerpo en medio de la oscuridad. Por las noches, en los escasos momentos en que su cerebro alcanzaba el sopor en que la sumía el agotamiento y el miedo, revivía toda la escena, y despertaba sobresaltada, ahogándose y cubierta de sudor. Entonces comenza-

ba a llorar, y su ánimo experimentaba el más angustioso estado de desesperanza. ¿Por qué le había ocurrido a ella? ¿Acaso el mundo era una selva en que la víctima indefensa no tenía otro destino que sucumbir ante el depredador de turno? ¿Quién la había agredido de forma tan brutal? Cabía la posibilidad de que conociese a su agresor sin saber quien era. ¿Y si se cruzaba con él todos los días en la calle? No tenía defensa. ¿Y su benefactor? ¿Qué sería de aquél pobre hombre con la cabeza rota? El recuerdo de aquella alma caritativa era lo único que, en cierta manera, la reconciliaba con un mundo poblado de alimañas...Pero su sacrificio no le había servido de nada. De cualquier manera, sabía quien era su defensor. Había leído en el diario la noticia del señor atendido de un fuerte golpe en la cabeza y sabía su nombre, que había aparecido en la sección de sucesos el Miércoles de Ceniza. Había pensado en tratar de averiguar sus señas y escribirle agradeciéndole su valerosa actuación. Pero ahora aún no se sentía con fuerzas para hacerlo. Todavía estaba muy dolida y acobardada. Sentía mucha vergüenza y no se veía capaz de ponerse en contacto con él. Tal vez más adelante...si llegaba a reponerse...

—La policía no tiene idea de quién le rompió la cabeza al hombre de la Caramoniña—. Era Marisa Cambeses la que hablaba hojeando el diario en el período de descanso a media mañana.

—Claro, ¿cómo lo van a saber?— dijo la señora Ramonde—. No hubo testigos.

—Aún así —replicó Marisa —la policía tiene métodos especiales...

—¡Qué métodos ni qué ocho cuartos! —terció Lucy, la más vivaracha de las aprendizas—. Si no había nadie más... échale un galgo...

—Bueno, pero aquí la propia policía reconoce que la investigación está en punto muerto —intervino Leocadia —, y además se sospecha que pudo ocurrir allí mismo otro crimen más horrible...

—¡Jesús, María y José! —se sobresaltó la Ramonde—, una ya no sabe si es mejor no salir de casa...

Mariquiña sintió una punzada en el pecho. ¡Ella sabía ciertamente que sí se había cometido un delito con ella! No tenía medio de probarlo, pero al menos, la policía

"sospechaba" que había pasado algo más que la agresión a un ciudadano. ¿Y si se pusiese en contacto con la policía y contase el abuso de que había sido víctima? Lo cierto es que debió denunciarlo en el mismo instante en que recobró el conocimiento, pero se sintió tan enferma, tan dolida y atemorizada, tan... ¡asqueada!, que ni se le ocurrió. Pero... si no podía dar pistas de su agresor... de qué serviría dar a luz pública su desgracia. Aquella era una pequeña ciudad, y los comentarios enseguida invadirían la pacata y estrecha sociedad de la villa. Y le daba dentera andar en boca de todos. Y total... para nada, porque su ofensor seguiría igual de incógnito que lo estaba ahora mismo.

Además, no conservaba ningún rastro del desafuero que había sufrido. Se pasó toda la noche refregando su cuerpo para limpiarlo... hasta que se quedó dormida en la misma bañera... Pero, ¿y si la policía conocía o sospechaba algo que ella ignoraba? Marisa había dicho que tenían métodos especiales. Y por encima de todo estaba el hecho, digno de consideración, del interés de la autoridad que, a pesar de la carencia de pruebas, sospechaba que habían pasado "cosas mayores"...

Al salir para comer, paró en el quiosco de la esquina y compró un ejemplar de La Voz. Juzgó más prudente hacerlo así que mostrar un excesivo interés ante sus compañeras. Al llegar a casa, ni siquiera se preocupó de comer. Abrió el periódico y fue pasando hojas hasta que dio con lo que buscaba. El titular decía así: INVESTIGACIÓN EN PUNTO MUERTO. Y el cuerpo de la noticia expresaba que... "la Guardia Civil ha encontrado algunos indicios que pudieran indicar que el hombre lesionado en la noche del pasado Martes de Carnaval, no fue la única víctima, ya que pudo haberse desarrollado paralelamente otro delito de naturaleza desconocida por el momento. Si hubiese quien pueda ofrecer algún tipo de información, se ruega que se ponga en contacto con las autoridades que llevan a cabo las labores de investigación".

Mariquiña tenía la boca seca. Mientras se servía un vaso de agua su cabeza no hacía más que repetirse... "no fue la única víctima"... "no fue la única víctima"... "no fue la única víctima"... "víctima"... "víctima"... "víctima"... Creyó que iba a enloquecer, y sorbió el agua de golpe. ¡Pues claro que había otra víctima! ¡Ella misma! Tomó una resolución radical. Aquél mismo día la

pondría en práctica.

El sargento Gamallo estaba a punto de retirarse a su vivienda. La tarde había discurrido con normalidad, y ahora estaba fatigado... si conocer la causa. Eran las nueve, y pensó que podría acomodarse con una cervecita fresca ante el televisor... a ver si se le pasaba la "nogalla" que lo invadía. Dicho y hecho, se levantó, e iba a apagar la luz de su mesa, cuando por el interfono recibió la llamada de Honorio, el guardia de puertas...

—Mi sargento, aquí hay una señorita que desea hablar con alguien con "responsabilidad"...

—¿Viene a denunciar algo...?

—Ya se lo pregunté, pero repite que quiere hablar con el que mande...

—Ya bajo.

Al llegar al zaguán, vio la puerta abierta, y a Honorio hablando con una joven en el exterior, que daba muestras de agitación.

—Buenas tardes —saludó a la chica — ¿desea usted alguna cosa?

—¿Podría entrar, por favor?—. La muchacha estaba muy nerviosa.

—Adelante, por favor. ¿Tiene inconveniente en venir a mi despacho?

La señorita hizo ademán de asentimiento y dio muestras de echar a andar. El sargento avanzó delante, mostrando el camino, hasta su oficina. Una vez en ella, ofreció a la joven un asiento frente a su mesa...

—Por favor, siéntese... ¿Desea usted tomar alguna cosa?... Un té, agua mineral...

La mujer sacudió la cabeza negativamente y tragó saliva dos veces seguidas. Gamallo confirmó que estaba muy agitada. Era muy joven y agraciada. Pero tenía una expresión de amargura y temor que, unidas a la agitación de que daba muestras evidentes, impresionaron a su interlocutor.

—Le ruego que se tranquilice. Tenemos todo el tiempo necesario. Quiero que sepa que estoy a su disposición para todo aquello en que pueda servirla—. Sonrió, para darle confianza-. No hace falta que hable inmediatamente; tómese todo el tiempo que desee.

VII.

Gamallo aguardaba pacientemente a que la joven que tenía enfrente se sosegase lo suficiente para comenzar a hablar. Ella, tras dirigir una mirada circular a la habitación, mantenía los ojos bajos, y parecía tener dificultades para hilvanar el comienzo de su discurso. De pronto, se echó a llorar. Fue un llanto impresionante. Silencioso, amargo, acompañado del estremecimiento de los hombros de la mujer. El agente trató de calmarla.

—Señorita, se lo ruego, cálmese. Piense que, sea lo que sea aquello que la trajo aquí, encontrará solución de una u otra manera. Por favor...

La muchacha hizo un esfuerzo, sacó un pañuelo del bolso y se enjugó los ojos. Después, se sonó delicadamente, mientras el sargento sentía crecer la compasión que había empezado a sentir por ella. Al fin, con un hilo de voz, titubeante, comenzó a hablar...

—Yo... es... estuve en... el calle... jón...

Gamallo sintió erizado el cabello. Una fuerte corriente nerviosa recorrió su cuerpo. Pero, con ímprobo esfuerzo de voluntad, permaneció a la escucha...

—Lo... vii... to... do... Y fui... violada... allí mis... mo...—. Un suspiro entrecortado culminó el esfuerzo expresivo.

—Por favor, cuéntelo todo a su manera. No se apure. Y si se cansa o siente angustia, podemos aplazar esta entrevista hasta que a usted le venga bien. Piense que estoy a su entera disposición sin límite de tiempo.

—Muchas... gracias —susurró ella—. Comprenda que para mí no es fácil...

—¿Prefiere escribirlo? Puede hacerlo, incluso en su casa, y luego enviaría a alguien a recogerlo. Si se siente más cómoda así, no vacile en decirlo. ¿Quiere que la facilite papel y lápiz?

—No, por favor... Creo que... podré contarlo... ahora...

—Bien, tómese el tiempo necesario. La es-

cucho.

—Yo regresaba a mi casa después de haber asistido al baile de Carnaval. El... calle.. jón, conduce a la calle en dónde vivo. Como estaba a oscu... ras, me dí prisa en re... correrlo... Pero alguien me agarró y... —contuvo un sollozo en su pecho— me golpeó en la barbilla y me violó—, terminó de un tirón con visible esfuerzo.

—¿Vio a su agresor?

—Nooo —negó enérgicamente con la cabeza— fue... todo tan rápido... Al principio creí que era Dino, un muchacho con el que estuve toda la tarde... pero... no fue... él...

—¿No tuvo medio de reconocer a su agresor?

—En...ningún momento vi su cara... Recuer... do que olía a aguardiente... Era alguien... muy fuerte y corpulento... no tuve ninguna oportunidad de defenderme...

—Comprendo su angustia, sobre todo cuando notó su absoluta inferioridad y la falta de alguien que la auxiliase...

—Síii... porque el pobre señor que... inten-

tó hacer... algo por mí... terminó con la cabeza...ro...ta.

—Entonces... ¿vio usted cómo luchaba con su agresor?

—Noo... a partir del golpe que me dio, ya no fui cons... ciento de gran cosa... Pero... estaba allí con... la ca... beza partida... por defen... derme.

—¿Quiere usted decir que ni vio a su agresor ni a su defensor?

—Nooo...

—Entonces usted deduce que al que le rompieron la cabeza fue por ayudarla, pero ni vio lucha, ni le consta que las cosas se desarrollasen como usted cree. ¿Es así?

Por primera vez la chica lo miró a los ojos. Le pareció que estaba sorprendida y confusa. Guardaba silencio y parecía pensar. El sargento esperó.

—Bueno... es cierto lo... que dice... No conozco a ninguno de los dos... No los vi... pele... ar...

—Bien, entonces, a ciencia cierta usted no

sabe quién de los dos la asaltó ni quién la defendió...

—No... se me... había ocurrido... pen... sarlo, pe.. ro es así —remató con esfuerzo—. Al verlo allí tirado... creí...

—¿Trató de identificar al hombre herido para ayudarlo?

—Sssíi. Hice un esfuerzo para darle la vuelta... Pero... noté... san... gre en las... manos y me... asusté. Además... esta... ba sucia..., as... queada. Y escapé de... allí...

—¿Por qué sabe que la violaron?—. El sargento hizo un ademán de disculpa—. Quiero decir que su "defensor" pudo haber impedido que su asaltante culminase su agresión... Le ruego que me disculpe, pero es necesario que le pregunte esto.

—Te... nía... desgarrada la... ropa y... —la joven enrojeció y se removió inquieta — manchados los muslos...

—Comprendo. Ya ha pasado lo peor —la tranquilizó Gamallo—, ahora desearía saber por qué ha tomado la decisión de acudir aquí. Me refiero al hecho de que parece costarle mucho esfuerzo esta declaración,

lo que es totalmente comprensible. Por eso alabo su valor, pero desearía que me cuente qué fue lo que la impulsó a venir ahora...

—Bueno... leí en el periódico que ustedes tenían "pistas" y pedían información, porque podía haber otras víctimas además del hombre herido, al que estaba... estoy... agradecida... Yo... soy la otra víc... tima—, volvió a dar muestras desasosiego.

—Me dijo antes, que al principio del asalto, creyó que su agresor era... el muchacho que la acompañaba, pero luego lo descartó... ¿por qué?

—Bueno, Dino se había estado comportando bien... pero al... final se puso... insistente, y... creí... Pero no fue él. En el primer momento, al sentir... me... so... ba-daa... me revolví y le dí una... bofetada...

—¿Y eso le sirvió para cerciorarse de que no era ése...Dino...?—, Gamallo estaba asombrado.

—Bien... cuando se baila... se rozan las... caras... Y la de Dino... no era la... del de... lincuenta... Porque tenía una... piel... áspera y durí... sima. Como el... cuero...

Al sargento se le vino a la mente una cara atezada, con unos profundos surcos de aspecto coriáceo... Repasó en su mente todo lo que había contado la jovencita y concluyó que tenía sentido. Pero quiso asegurar el tanto y dejar cerrada la parte más dudosa de la investigación. Habló con el mejor tono que encontró.

—Señorita, debo agradecerle el esfuerzo que ha hecho. Tiene usted todo mi apoyo, y mi comprensión y respeto. Pero deseo pedirle un favor todavía. ¿Le importaría acudir aquí cuando la llame para hacer un... ensayo?

—¿Qué... en... sa... yo?—. El color había huido de la cara de la joven.

—¿No le gustaría saber quién la humilló?—, el sargento probó por el camino más directo, porque ahorrraba tiempo y sobresaltos posteriores.

—Pues... creo... que... sí... Pero me... da mie...do. Y ya no estoy... tan segura...

—No correrá ningún riesgo, porque lo haremos aquí. Se lo explicaré. Quiero que le toque la cara a una persona para que me diga si le recuerda a la piel del que re-

cibió su bofetada. No tenga ningún temor—, se apresuró a añadir —porque la persona en cuestión tendrá los ojos tapados y no se enterará de quién le toca el rostro. Por cierto... ¿notó usted al pegarle si tenía la barba muy crecida?

—Pues... no sabría decir... creo que igual que el resto...

—Debe tener en cuenta que los hombres nos afeitamos a primera hora, y de noche ya tenemos la barba un poquitín áspera... En resumidas cuentas—, atajó viendo la desorientación de la muchacha— ¿era un señor barbudo?

—No... no...

—Bien, señorita, ahora tiene que tranquilizarse. La voy a enviar a su casa en un coche sin distintivos por discreción. Mañana a mediodía la llamaré para hacer la "prueba"... ¿le parece bien?

—Pues... haré lo que usted di.. ga...

—Muchísimas gracias. Haremos el "ensayo" a la anocheada, para no llamar la atención. Irá a buscarla el mismo coche que la llevará ahora. Así nadie se enterará

a dónde va usted. ¿Conforme?

—Sí.

—Muy bien, puede marcharse, cuando llegue abajo se harán cargo de usted. Por cierto, disculpe mi olvido, ¿cómo se llama usted?

—María Ramírez Bugallo...

—Yo soy el sargento José Gamallo. Si precisa cualquier cosa, no dude en llamarme a cualquier hora. ¿De acuerdo en todo?

—Sí... muchas gracias...

Llamó por el interfono:

—Honorio, haga el favor de enviar a la señorita a su domicilio con total discreción. Coche camuflado... Ya puede usted salir, señorita Ramírez, buenas noches.

Ahora el sargento tenía una última tarea que realizar. Agarró el teléfono y llamó al oficial de notarías.

—Buenas noches, Abelairas, necesito que acuda usted aquí mañana entre ocho y media y nueve de la noche. Es un simple

trámite. No le robaré mucho tiempo.

—¿De qué trámite se trata?—, la voz cantarina del oficial tenía un tonillo temblón

—¿No me puede adelantar algo...?

—No se preocupe, se trata de simple rutina. Lo espero mañana. Que pase una buena noche.

—Pues me la acaba de dar usted toledana...—, la voz se había compuesto.

—Nada hay de que preocuparse. Descanse usted.

Ahora sí que se iba a tomar la cerveza. Se la había ganado.

VIII.

La mañana se presentó movida para el sargento Gamallo. A las diez en punto estaba en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Viladoce. Su intención era pedir una orden judicial para llevar a declarar al cuartel a Benigno Blanco. Había pensado llamarlo por las buenas, pero algo le indujo a ser prudente. Lo llamaría con el correspondiente instrumento de la autoridad judicial, para que no hubiese problemas por si se negaba a comparecer.

Saludó al Secretario, un tipo despistado que siempre daba impresión de dirigirse a alguien muy lejano cuando se hablaba con él. Acto seguido le dio cuenta de su propósito...

—Verá, don Orentino, necesito ver a Su Señoría para pedir una orden judicial de interrogatorio, a cuenta de los hechos ocurridos en el pasaje de la Caramoniña el pasado martes de Carnaval.

—Necesita pedir al juez una orden—, repi-

tió con voz de flautín el funcionario—. Bien, puede pasar usted porque ya está en su despacho, pero le rogaría que fuese breve porque hoy tenemos vista...

—Muchas gracias, don Orentino, que le sea leve la vista...

—Que no lo será, que no lo será, que no lo será—, otra manía del Secretario era la reiteración exhaustiva de la última frase de una conversación.

Gamallo recorrió el pasillo y se encaró con la puerta del despacho del juez. Llamó, y al escuchar la autorización para entrar, abrió la puerta y se presentó...

—Siempre a sus órdenes, señor juez.

—Buenos días, Gamallo. ¿Qué le trae por aquí?

—Necesito que Su Señoría autorice una orden de interrogatorio en razón de los hechos ocurridos el martes de Carnaval, en el pasaje de Caramoniña.

—Ya sabe usted, sargento, que las órdenes de interrogatorio deben darse cuando se está muy seguro de que habrán de servir

de provecho para el desarrollo de una investigación judicial. Por cierto, todavía no me ha dado usted cuenta de la marcha de sus pesquisas. Me enteré por la prensa de que no tenía usted el menor indicio para "arrancar" el motor...

—Cierto, Señoría. Pero a partir de ayer la situación ha dado un giro copernicano. Ahora sí hay dónde escarbar...

—Copernicano...A ver, dígame que es lo que me trae...

—De lo que puedo informar a Su Señoría, es que, aparte el ataque a un ciudadano, paralelamente se desarrolló otro delito. En este caso, se trata de una violación...

—¿Qué motivos tiene para haber llegado a semejante conclusión?

—La declaración de la víctima realizada ayer noche ante mi presencia en el cuartel. La señorita en cuestión cree estar en condiciones de reconocer a su asaltante.

—Siendo así... le daré su orden—. Apretó el timbre y ordenó al alguacil que apareció a la puerta—. Diga al Secretario que extienda una diligencia de interrogatorio a

cargo del comandante de puesto de la Benemérita, aquí presente. Cuando la tenga dispuesta, pásemela a la firma.

El Magistrado-Juez, don Ildefonso Suanzes y Ladrón de Guevara, era un personaje de nota. Bajito, rubicundo, nervioso, con andar de gorrión —a saltitos— componía una estampa por demás peculiar. La verdad es que era un hombre carente de ambición profesional. Jamás se había mezclado en ninguna camarilla profesional y nunca se había molestado en solicitar una plaza en una Audiencia provincial, más acorde con su categoría de magistrado y su dilatada experiencia. De pasar más que acomodado, con capital familiar bastante más que mediano, no necesitaba "vivir" de la carrera judicial, en la que permanecía a su pesar por dar satisfacción a su señora que "no lo quería en casa", porque los hombres ociosos "envejecen muy rápido". Aunque la verdad es que doña Mercé Comellas Fontanals, de linajuda familia catalana, gozaba "ejerciendo" de esposa de la máxima autoridad judicial de la villa.

Lo que de verdad le gustaba a don Ildefonso eran las Humanidades. Precisamente acaba de recibir felicitaciones encomiásticas del director del periódico de la capital

a cuenta la publicación de su cuidado y exhaustivo estudio sobre la vida y obra de Francisco Sánchez "EL Brocense" que le supuso meses de exigente y cuidadosa ocupación. Colaboraba además en ABC, Faro de Vigo, La Voz de Galicia, y otros periódicos regionales de menor entidad, en algunos de los cuales ejercía la corresponsalía local de Viladoce. Nunca se encontraba más pletórico, cómodo y feliz que en su estudio particular desarrollando su labor de analista, investigador y comentarista de diarios y revistas, como la Ilustración Española, que también lo contaba en la nómina de sus colaboradores más o menos ocasionales.

Por contra, cada año que pasaba le molestaba más el papel timbrado, la expedición de autos, diligencias y acuerdos para mejor proveer, y todo el prolijo, lento, premioso e ingrato desarrollo de la maquinaria judicial. Estaba hasta el mismísimo coquete, luego de veintiocho años de ejercicio judicial-Total para nada útil, se decía desanimado, porque con el delito no acabaremos jamás; y justicia es muy dudoso que la impartamos, y todo lo más que llegamos a lograr es un remedo de lo que todo hombre libre anhela y la máquina judicial le impide: la verídica, rápida y eficaz JUS-

TICIA, así, en mayúsculas —nunca se olvidaba de subrayarla— que jamás conseguirá.

Todo lo anterior no obsta para señalar que don Ildefonso era un juez cuidadoso, minucioso e, incluso, puntilloso en cuanto a las actuaciones judiciales y en lo tocante al amparo de los derechos del justiciable y la protección del necesitado de reparación. Así lo acababa de acreditar al pedir al sargento, que aguardaba frente a él, que justificase su petición de orden de interrogatorio.

No pudo reprimir una mueca de fastidio al pensar en lo que le esperaba a la vuelta de pocos minutos. En realidad sólo aguardaba la firma de la orden solicitada, para endilgarse el ropón, y entrar en la Sala de Vistas a presidir con toda la dignidad-no exenta de interno tedio-una nueva litis-pendencia en primera instancia-¿cuantas llevaría ya, mil o quizá más?-de unos demandantes que expondrían sus pretensiones en la forma acostumbrada. Suspiró resignado...

Llamaron a la puerta. Era el alguacil con la orden. La firmó.

—Ahí tiene usted, sargento. No olvide darme cuenta de sus conclusiones en el correspondiente atestado, a la mayor brevedad posible.

—Muchas gracias, señor Juez. Descuide, se hará como ordena.

Don Ildefonso se levantó y fue hacia el perchero para apoderarse de la toga, mientras el agente salía del despacho.

Al llegar al cuartel, Gamallo llevaba ya meditado el plan de acción. En seguida llamó al cabo y le puso al corriente de sus planes:

—Acompañado de un número de su elección, se presentará usted en el domicilio de Benigno Blanco Pérez, exhibirá la correspondiente orden, y le intimará a que se presente ante mí a las nueve y media de la noche. Le recuerdo que a las ocho de la noche deberá usted enviar el coche camuflado al domicilio de la señorita doña María Ramírez Bugallo y me la traerá personalmente aquí. También deberá hacerse cargo del señor Venancio Abelairas Outón, que se presentará entre ocho y media y nueve, y lo hará aguardar hasta recibir mi aviso. Procurará que, en caso de coincidir

Abelairas y Blanco durante su estancia aquí, no se vean entre ellos ni entablen ningún contacto. Tanto la salida de la señorita Ramírez como la del señor Abelairas, se harán sin que se percate el señor Blanco, que no debe verlos, juntos ni separados, en ningún momento. ¿Alguna aclaración?

—Ninguna, mi sargento.

—Proceda entonces.

—A la orden.

La tarde del sargento transcurrió en papeleo de trámite. A las siete recibió la llamada de Abelairas. Su tono era ansioso.

—¿No podría llegarme ahora hasta ahí?

—¿Tanta prisa tiene?

—No... es decir... sí... ¿No podría atenderme ahora?

—En este momento no. Debe esperar hasta las ocho y media...

—Pero... ¿podría ir ahora?

—Podría, pero no tendría posibilidad de atenderlo hasta la hora fijada.

—No sé si es muy legal esto...

—¿A qué se refiere?

—Bueno... a que me llame de esta forma... así, sin explicarme nada...

—Si lo desea puedo pedir una orden judicial...

—Nooo... no creo que sea necesario—, el tono se había hecho temblón— sólo se me ocurrió abreviar... el trámite...

—Falta hora y media. Tranquilícese usted. Seré lo más breve que pueda.

—Bueno... si es así...

—Le aguardo a las ocho y media—, colgó.

Mariquiña salió del taller de costura a las siete y media. Nerviosamente recorrió el camino hacia su casa. Al llegar, le pareció que el automóvil que la había llevado la noche anterior, estaba discretamente aparcado unos metros delante de su portal. Sin hacer ninguna pausa se encaminó

hacia él y creyó ver reflejado en el retrovisor exterior el rostro del chófer que la miraba a su vez. Se acercó a la puerta trasera que se abrió rápidamente. El coche se puso en marcha suavemente. A las ocho menos cinco entraba, muy discretamente, desde el patio interior en que habían estacionado, en las dependencias del puesto. Enseguida estuvo delante de Gamallo.

—Buenas noches, señorita Ramírez. ¿Cómo se encuentra?

—Angustiada. Tengo...miedo...

—Es natural, sin embargo yo estaré con usted todo el tiempo. No correrá ningún peligro. Y solamente serán unos instantes.

—¿Tengo que... tocar la... cara de alguien, no?

—Usted ya no se moverá de este despacho, y nadie la verá. Ni siquiera al salir. Todo se desarrollará conforme a lo previsto. ¿Desea tomar alguna cosa...?

—Me cuesta esfuerzo hasta tragar saliva...

—Pronto terminaremos. El reconocimiento comenzará a las ocho y media. Y si me

permite, debo dar algunas instrucciones. Disculpe un instante.

Salió a la oficina exterior y se dirigió al guardia que la ocupaba.

—Por favor, Leoncio, cuando venga el señor Abelairas, llamarás discretamente a mi despacho y me lo advertirás. Luego le venderás los ojos y le pedirás que guarde silencio. Lo traerás hasta aquí, y cuando yo te lo diga, lo sacarás otra vez, sin hablar. ¿Entendido?

—Sí, mi sargento.

—Bien, puedes volver a tu puesto.

—A la orden.

Gamallo se volvió a la muchacha.

—Es necesario que usted tampoco hable nada hasta que yo se lo pida. Incluso aunque reconozca a su agresor, no debe decir nada hasta que esté fuera de esta habitación. ¿Será capaz de hacer lo que le pido? Recuerde que estaré a su lado todo el tiempo.

—Creo que... ssí...

—Buena chica— el sargento sonrió tratando de animarla.

Consultó su reloj y vio que eran las ocho y veinte. Miró a Mariquiña sonriente. Sonaron unos golpes en la puerta, y entró el agente Leoncio...

—Mi sargento—, cuchicheó —el fulano ése ya está ahí. Parece excitado y exige hablar con usted...

—Bien. Salga y haga lo que le dije. Si es necesario, que le ayude Honorio. Luego méntalo aquí.

—A la orden.

La puerta se cerró tras el agente. Unos minutos de silencio, y luego un rumor de voces excitadas. Se abrió la puerta del despacho y Abelairas apareció con los ojos vendados, agarrado de los brazos por Honorio y Leoncio que orientaban su marcha.

—¡¡¡Protesto enérgicamente..., no hay derecho a lo que se está haciendo conmigo. Tengo mis derechos!!!

—Que nadie le va a arrebatarse— la voz del sargento frente a él, tuvo la virtud de aca-

llar al oficial de notaría—, sosiéguese que ya acabamos...

Hizo un gesto indicándole a la muchacha que le tocara la cara. Ella se acercó y acarició la mejilla izquierda de Abelairas... que hizo ademán de agarrar la mano de la mujer, impidiéndolo el sargento al quite.

—¿Qué es esto? ¿Qué broma estúpida se lleva a cabo a mi costa? ¡Esto es intolerable!

El sargento miró a la chica interrogándola con los ojos. Ella asintió con la cabeza. Había tenido bastante.

—Ya pueden sacarlo de aquí.

Los dos agentes atendieron la orden, entre las protestas del oficial...

—¡Presentaré una queja ante sus superiores, sargento, no crea que esto se va a quedar así! Después de todo no soy ningún delincuente... ¡todo lo hice por bien, y a usted le consta...!

Aislados tras la puerta cerrada, Gamallo miró a la muchachita...

—¿Qué tal? ¿Notó alguna similitud con la cara que recuerda?

—Ninguna... no... nada—. Se quedó reconcentrada, como tratando de analizar profundamente sus sensaciones—. Desde luego... esa no es la cara que golpeé...

—Muy bien, señorita. Debo decirle que admiro su coraje... Y también que la prueba confirma lo que sospechaba. Ahora permítame que salga un instante, enseguida estaré de nuevo con usted.

Al salir a la oficina exterior, Abelairas exigía a los agentes que le facilitasen un pliego de reclamación para hacer constar su más enérgica protesta, sin perjuicio, decía a grito pelado, de posteriores acciones de más calado... probablemente judiciales...

—Si usted lo desea— lo cortó el sargento —se le facilitará el pliego que reclama. Pero debo decirle que está al caer Benigno Blanco, que está citado para las nueve... Usted decide...

—¡Ah, pero también va a venir ése... aquí...?

—Sí señor. A lo mismo que usted. Él con

orden judicial. La hubiera pedido también para usted, pero... se me ocurrió pensar que a usted le parecería mejor que la cosa se hiciese discretamente. Ahora veo que me engañé y le pido disculpas. Leoncio, haga el favor de cumplir la exigencia del caballero.

—Bueno, bueno... no nos precipitemos... Claro, usted me llama así... y luego me manosean la cara... Comprenderá que... ¿Qué habría hecho usted en mi lugar...?

—Probablemente lo mismo. ¿Quiere la hoja de reclamación o no? Está en su derecho de exponer lo que crea oportuno.

—Bien, siendo así... ¿y qué objeto tenía ésta... aventura...?

—Siento no poder explicárselo ahora. Ya sabe a quien estoy esperando. Pero le prometo que le llamaré en cuanto pueda...

—¿A... las nueve dijo usted...? Bien... supongo que podré esperar su llamada. Luego decidiré... lo más... oportuno...

—Hágalo. Ahora debo despedirme. Si lo desea lo acompañarán hasta la salida—, hizo un gesto al agente Leoncio—. Que pa-

se una buena noche.

—Adiós... usted siempre desea buenas noches y... lo deja a uno insomne...

Ahora Gamallo estaba de nuevo frente a Mariquiña. Le quedaba la parte más peliaguda de la noche. La miró amablemente y se sentó frente a ella.

—Verá, señorita Ramírez, no quise decírselo ayer, para no inquietarla en exceso, pero ahora es necesario que vuelva usted a hacer la prueba... con otra persona...

—Pero...—lo miró extrañada— si este señor no era quien...

—Precisamente, señorita, ahora debe usted tocarle la cara a su posible... agresor...

Ella se encogió sobre sí misma herida en lo más vivo. Su expresión reflejó el más vivo temor y un dolor... físico. La palidez que invadió su rostro y cortó su respiración, le impuso forzado silencio.

—Señorita... es necesario que usted identifique a su asaltante, al monstruo que abusó de usted. Piense que de salirse con la suya, mañana mismo puede dañar a otra persona inocente... como... usted...

—No... podré... Quiero irme... lejos... de aquí...

—Se lo suplico, señorita, tenga valor. Yo estaré a su lado... Haga un esfuerzo, por favor...

Golpearon la puerta, Gamallo abrió. Entró Leoncio.

—Esperan el cabo y Honorio para que entre el fulano ése malencarado. Dice que nadie le venderá los ojos...

—Díganle que la alternativa es pasar la noche aquí y ser conducido a presencia del juez a primera hora de mañana—. Miró suplicante a Mariquiña, y se compadeció de ella, pobre muchachita atemorizada—. Hagan igual que con el otro. Adelante.

El guardia cerró la puerta y se escuchó un rumor sordo, de discusión sin llegar a vocerío. Sonaron golpes en la puerta y se repitió la escena ya vivida con el oficial de notaría. La chica se acercó al rostro que tenía delante, surcado de profundos surcos, endurecido y totalmente oscuro.

Gamallo vio claramente que ella tenía miedo solamente con mirar aquella tez cuar-

teada. La miró animándola silenciosamente, con una suave sonrisa y un gesto de resolución. Mariquiña pasó la mano por la mejilla izquierda de Benigno, y la tanteó arriba y abajo, y luego exploró toda la superficie hasta la oreja. Blanco no se movió, ni hizo ningún gesto, ni esbozó el menor atisbo de protesta, se mantuvo impassible como una esfinge, en medio de su aparente indiferencia... Mariquiña retiró la mano y se echó a llorar silenciosamente, mor-diéndose los labios, retrocediendo y de-jándose caer en la silla. Gamallo hizo una seña a los agentes. Sacaron al Benigno de allí y nuevamente los aislaron tras la cerrada puerta.

—Ya pasó, señorita. Ha sido usted muy valiente. Ahora desahóguese usted. Cuando lo crea oportuno ya me dirá su opinión. ¿Desea que la lleven a su casa ahora mismo? Le convendrá descansar, sin duda...

—Era él... Él me violó. Fue él... fue él... Y yo la víctima, la víctima... la víctima—, se volvió al sargento con los ojos preñados de lágrimas y brillantes de resolución—. No olvidaré la sensación de mi mano en su rostro —se estremeció con repugnancia—, ni en mil años olvidaré ése cuero asqueroso...

—Cálmese, señorita Ramírez. Ahora ya tenemos la certeza de que el señor al que tocó primero fue el que intentó salvarla. ¿Se fijó que éste de ahora tenía la cabeza vendada? Fue el que usted creyó que se había arriesgado para salvarla, pero era su asaltante. El que le abrió la cabeza, ése que protestó tanto, seguramente con razón, estuvo de su lado desde el principio, señorita Ramírez. ¿Comprende ahora por qué era necesario que pasase por este trago? Lástima que cuando le sacudió la pedrada, Blanco ya había consumado su... designio...

—Creo que... desearía regresar a casa... No puedo asimilar cómo pude confundirme así...

—Era natural. Se encontró usted vejada y con un hombre con la cabeza partida a su lado. Y cuando quiso saber quien era su benefactor se asustó al notar sangre y creerlo muerto, por eso no se paró a reconocerlo, lo que la indujo a error, muy natural por otra parte.

—¿Le pasará algo al primer señor... por abrirle la cabeza a mi...?

—A su agresor. Bueno, lo cierto es que le-

sionó seriamente a Blanco. Y si sus heridas tardan en curar... Pero usted no debe pensar más ya en todo esto. Ahora, haré el informe correspondiente y todo quedará en manos de la justicia...

—Me gustaría corresponder al señor...

—Abelairas. No se preocupe. Yo la mantendré al corriente de lo que vaya pasando. Ahora debe descansar. Llamaré para que la lleven a su casa.

Salió a la oficina exterior, y le pidió a Leoncio que retuviesen a Blanco hasta que el coche hubiese sacado del cuartel a Mariquiña. Luego deberían dejarlo irse a su casa y advertirle que debería aguardar noticias del juzgado. Nada más.

—Adiós, señorita Ramírez. Muchas gracias por su esfuerzo. Le ruego que procure descansar. Si algo necesita ya sabe que estoy a su disposición. No tema llamarme para cualquier cosa que se le ofrezca. Ahora la recogerá el coche. Buenas noches.

—Adios, sargento. Le agradezco su atención y sus... ánimos. Gracias...

—Para eso estamos —sonrió Gamallo— no faltaba más.

Ahora, eran las diez y media y caviló que lo mejor sería dejar el comienzo del informe para el juzgado, hasta el día siguiente. También a él le convenía relajarse. Apagó la luz y salió del despacho. La oficina exterior ya tenía todas las luces apagadas y ofrecía ése aspecto silente e impersonal de los locales públicos. Lentamente subió los escalones que conducían a su vivienda... Abrió la puerta.

—¡Ah de la casa! Ya soy todo tuyo, cariño...

IX.

Gamallo estaba dando vueltas al atestado. Por un lado, la chica le había dicho claramente que estaba agradecida a Abelairas. Por otro, percibía que al oficial de notaría no le gustaría ser acusado de un delito de lesiones graves. Pero, por encima de todo, por la calle estaba, en total libertad un delincuente peligroso. Y él, Gamallo, tenía la responsabilidad de ponerlo fuera de la circulación.

Si le contaba al juez lo que sabía, no le cabía duda de que el camino de la instrucción iría de forma desagradable para Abelairas, que queriendo auxiliar a una mujer indefensa, se había colocado, inconscientemente en una situación límite. El oficial de notaría ocupaba un puesto social apreciable, y...estaba casado. Verse sometido a proceso lo perjudicaría en su estimación pública, aunque la pena que le caería sería poco más que simbólica, dada su carencia de antecedentes penales...

Recordó que había prometido a Abelairas darle una explicación sobre las actuaciones del día anterior. Entonces tomó una resolución. Dejó el papel en el carro de la máquina de escribir completamente en blanco, y salió de su despacho con rumbo a la notaría.

Lo recibió la musa angelical, que sonrió al verlo.

—Buenos días, señorita. ¿Sería posible que me anunciase usted a don Venancio? Desearía hablar con él, si fuese posible...

—No faltaba más, sargento. Tenga la bondad de seguirme.

Ahora estaba otra vez en el cubículo acristalado delante del oficial que le miraba con expresión de persona que aguarda una explicación. Se estrecharon la mano y se sentaron...

—Vengo a cumplir la promesa que le hice ayer, señor Abelairas. Comprendo la extrañeza y la indignación que le embargaron ayer, pero era necesario que la víctima identificase, sin lugar a dudas, a su agresor.

—Bien, pero usted ya tenía mi información... Por otra parte, pudo haber explicado antes lo... que se proponía...

—Ahora veo que tiene razón, pero creía que cuanto más espontánea e inesperada fuese la identificación, más visos de veracidad tendría... Disculpeme, por favor.

—No comprendo qué tenía que ver mi cara con la identificación. Si una mujer es violada... no se va a poner a acariciar a su asaltante... ¿no le parece?

—Cierto. Pero usted sabe que el lugar estaba en completa oscuridad...

—Más a mi favor...

—Ya, pero es que la víctima tuvo ocasión de tomar contacto con el rostro del delincuente...

—Incomprensible —Abelairas sacudió la cabeza con una mezcla de disgusto y desvarío —¿pretende decirme que ella tuvo la sangre fría de acariciarlo cuando estaba sufriendo un abuso tan sangrante? ¿Y quien nos dice que las caricias no tenían... otro objeto?

—Por favor, no piense mal. Usted mismo sabe que el Benigno Blanco tiene un rostro durísimo, con una piel... especial...

—Ya, pero la víctima no pudo verle muy bien la cara...

—No la vio, pero la sintió al abofetearlo.

—Hummm... ¿quiere decir que trató de repeler el ataque a bofetones?

—Así fue. Y la única manera de saber si usted decía la verdad, era confrontar los rostros de los dos únicos hombres que estaban allí. ¿Comprende?

—Tiene sentido... Pero debió avisarme —insistió—, no se puede meter a un ciudadano... así... en semejante situación... Comprenda que yo sólo quise ayudar... a usted le consta...

—Ya le pedí disculpas... ¿Quiere que me abra las venas aquí mismo?

—Estoy muy dolido por su falta de confianza. Recuerde que le ayudé desde el primer momento...

—Recuerde que trató de desviar mi aten-

ción... sobre su presencia en el lugar del delito...

—De todas formas —eludió Abelairas — cuando yo los vi, ella parecía inconsciente. Desde luego...no me pareció en condiciones de abofetearlo...

—Porque él la puso fuera de sentido con un golpe... ¿Usted debe conocer bien el "punch" del Benigno...

—Sí... es bestial —el oficial se masajeó la mandíbula—, a mí me tiró al suelo, completamente aturdido, del revés que me soltó...

—Pues imagine lo que le pudo pasar a ella en igual circunstancia...

—Bien, sargento—, Abelairas dirigió una mirada circular— ya ve que estoy bastante ocupado. Si no tiene ninguna otra cosa que tratar...

—Precisamente nos queda lo más importante —cortó Gamallo— porque ahora debo redactar el atestado para el juez, y... me pregunto cómo hacerlo sin que usted resulte perjudicado...

—Sin duda se refiere usted a la pedrada que le sacudí...

—Eso es. Es pronto para saber cuanto tardará en curar la herida, pero si la cosa pasase de falta a delito... usted sería procesado...

—Oiga... fue en defensa de alguien necesitado... caso de fuerza mayor...

—Sí, pero la ley establece una tipología del delito, independientemente de su motivación, y el causante debe resarcir a la víctima y cumplir la pena que corresponda.

—¿Víctima?... ¿De quién hablamos?

—Ya lo sabe usted.

—¿Y ése animal es la víctima?

—Pues... sí. Recibió una pedrada y está lesionado. A ver cuánto tarda en curar...

—Pero a mí me volteó de un revés... aún me duele la mandíbula...

—Ya, pero no está lesionado, ni ha precisado asistencia médica...

—Pero, vamos a ver... ¿quién sabe que estuve allí?

—A primera vista... lo sé yo... Porque usted me lo dijo...

—Puedo negarlo ante el juez.

—Sí. Y entonces dejará sin cobertura a la víctima... que tendrá solamente su palabra contra la de su atacante...

—¿Habló usted con ella de éste asunto? Quiero decir, cuando salí de allí después de...

—Lo hice. Hasta el mismo momento de identificar la cara de Blanco ella creyó que había tratado de protegerla de su agresor.

—¡Vaya, qué te parece! Estaba completamente engañada...

—Es natural. La asaltan, le dan un porrazo y despierta al lado de un hombre con la cabeza rota. Se nota sucia y... saca la conclusión de que el hombre está así... por intentar defenderla...

—Visto así...

—Déjeme que le diga que su confusión obedece al hecho de que usted, en lugar de auxiliarla, y dar conocimiento del hecho, decidió huir y... contar las cosas a su manera...

—¡Oiga! Ya le dije que me asusté porque pensé que lo había matado... Fue una reacción normal... en el primer momento... Nunca me había visto en un caso igual...

—Bien —concedió Gamallo— no sigamos por ahí. Por si le interesa saberlo, la muchacha me dijo que desearía darle las gracias y no quería que le ocurriese nada malo a usted por tratar de auxiliarla.

—Bien, pues si ella se lo ha dicho... Usted sabe que tengo una cierta posición... Mi mujer nada sabe de... este asunto... desagradable...

—¿Y no ha pensado en contárselo?

—Bien... no sabemos cuanto tardará en curar la "testuz" del... cafre... A lo mejor nos estamos precipitando. No querrá usted que le cuente a mi señora que voy a ser procesado por romper la crisma de un fulano en la calle para... evitar una violación... ¿Qué va a pensar mi mujer... de los

pasos en qué ando metido...?

—Entiendo. No le molesto más—. El sargento estaba asqueado—. Buenos días.

—Ehhh... esperemos ¿no es lo mejor...? Adiós, sargento... avíseme si me necesita...

Maldito hipócrita cobarde. Ponía su paz familiar por encima de la desgracia de una chiquilla que, sin declaración del testigo presencial de su desgracia... poco tendría que ganar. Y él, Gamallo, agente de la ley, poco podía hacer, porque Abelairas podría negarlo todo ya que nadie, ni la chica, ni el Benigno... absolutamente nadie había observado que estaba allí. Y su declaración como agente actuante de la investigación, por sí sola, nada podría influir en la decisión de un juez serio y vigilante de la ley. Y el asqueroso violador seguiría libre, y quien sabe si volvería a repetir la "hazaña".

Respiró hondo para serenarse. Recordó que la muchacha no quería perjudicar por ningún concepto a su "samaritano" — ¡menudo samaritano!—, barbotó para sí — que había dado muestras en todo momento de un egoísmo y una cobardía insuperables.

Estaba de nuevo ante la máquina de escribir. Tecleó con rabia.

INFORME DEL ATESTADO REDACTADO POR EL AGENTE QUE SUSCRIBE. ASUNTO: AGRESIÓN DOLOSA RELACIONADA CON SUPUESTA VIOLACIÓN EN EL PASAJE DE CARAMONIÑA.

De lo actuado con relación al epígrafe se desprende la supuesta violación de la señorita María Ramírez Bugallo, de vida honesta y sin antecedentes penales, y de profesión costurera, con desempeño de su labor habitual en el obrador de doña Generosa Ramonde.

Los hechos, ocurridos alrededor de las 23 horas del día 24 de febrero de 1969, martes de Carnaval, derivaron en el asalto sufrido por la denunciante en el lugar de referencia, acusando al señor Benigno Blanco Pérez como autor del delito, el cual prevaleciéndose de su superior fortaleza física, golpeó a la señorita Ramírez impi-diéndole proteger su honor, a pesar de intentar su propia defensa abofeteando a su agresor.

Ofrecida la posibilidad de identificación a la agraviada, aceptó su realización señalando al señor Blanco Pérez por su particular contextura facial apreciada anteriormente por la víctima al abofetearlo. Se realizó contraprueba, con otra persona del sexo masculino, resultando de ella la ratificación, sin ningún género de duda, sobre su identificación del denunciado en el presente informe por parte de la víctima, doña María Ramírez Bugallo.

Se da la circunstancia de que el agresor fue encontrado por los servicios de asistencia médica sin conocimiento, a consecuencia de herida contusa en región occipital, sin conocer el herido al autor del ataque sufrido, tal y como declaró ante el agente actuante.

Se hace constar que tampoco la denunciante, víctima de la agresión sexual pudo identificar al atacante de su agresor, por encontrarse con sus facultades cognitivas muy disminuidas a consecuencia del maltrato de que fue objeto por parte del señor Blanco con el fin de reducirla a la impotencia y poder ejecutar en ella su designio delictivo.

Interrogada la señorita Ramírez sobre su

falta de iniciativa con respecto a la denuncia de su supuesta violación, alegó su estado de "shock", y su temor, así como la repugnancia que la invadió ante su estado, que la impulsó a huir del lugar de los hechos; reacción incrementada por el hecho de creer muerta a la persona que yacía a su lado-su agresor-al que no se atrevió a identificar porque estando de bruces y tratar de darle la vuelta se manchó las manos de sangre, lo que la indujo a creer que pudiese ser acusada de su muerte.

Lo que se comunica a la superior autoridad judicial para su conocimiento y efectos procedentes.

Firmado: Sargento. José Gamallo Sieiro.

AL JUZGADO DE PRIMERA INSTANCIA E INSTRUCCION DEL PARTIDO JUDICIAL DE VILADOCE.

Bien. Ya estaba. Había mentido. O, por lo menos, callado parte de lo que sabía. La verdad es que su omisión no hurtaba nada a la causa. Nadie estaba en condiciones de aportar datos objetivos que echaran más luz al asunto. Solamente la declaración

conjunta de María y Venancio lograrían poner a Benigno ante sus responsabilidades con la ley.

¿Puedo hacer otra cosa? —se preguntó— pues... no mucho, porque si se niega a declarar el testigo principal, no tengo modo de obligarlo. Carezco de cualquier prueba que lo sitúe en el lugar del delito. ¿Para qué voy a citarlo si va a negar todo lo que me contó delante del juez? Y yo no tengo medio de desmentirlo. De pronto se acordó del doctor Vázquez y su teoría de los acentos "mamados" en la cuna...Sonrió, y recordó la exhibición de gallego, incluido el acento cerrado, que le había brindado Abelairas en su casa. Por ese lado, nada que hacer. Tanto el médico como él mismo quedarían en ridículo sin lograr nada positivo a cambio. Desechado.

Pero aún le quedaba una cosa por realizar. Se acercaba el mediodía, de modo que juzgó el momento muy oportuno para hacer una visita que estimó obligada.

Mariquiña estaba calentando una sopa. Desde el día anterior, en que tan mal lo pasó, había experimentado una rápida mejoría de su estado de ánimo. Lo achacó a que, al fin, había reconocido a su agresor.

Le había producido un ataque de pánico y ansiedad, pero el sargento había sido muy amable con ella, y le había dado seguridad. Había sido paciente y considerado. Y se había esforzado en darle oportunidad de explicarse, porque había creído en ella desde el principio. Reconoció para sus adentros que si hubiese sabido que él la iba a atender personalmente, hubiese denunciado su desgracia desde el primer momento... Aunque reconoció ni siquiera se le ocurrió hacerlo al verse tan herida, tan humillada. Solamente pensó en huir...

Sonó el timbre de la puerta. Sorpresa. El sargento estaba en el umbral y pedía permiso para entrar...

—Discúlpeme, por favor, adelante...

—¿Está segura que no la molesto?. Puedo volver más tarde.

—No, de ninguna manera. Siéntese, por favor.

—¿Cómo se encuentra?

—Pues...estaba pensando que, a pesar del trago de ayer, estoy algo mejor y hasta me apetece comer algo... Estoy calentando una sopa... ¿usted gusta?

—No muchas gracias. En realidad la entenderé muy poco. Vengo a decirle que hablé con Abelairas, ya sabe, el señor que se enfadó tanto...

—¡Pobre! Que situación hubo de pasar... sin culpa ninguna...

—Yo tenía que asegurarme de que...

—Sí, usted quería saber quien era de los dos... A mí también me pasaba lo mismo, porque estaba completamente confundida...

—Bien, en realidad... él... no debió huir y dejarla allí... sin dar aviso en debida forma... Pudo contribuir a solucionar este... caso... desde el mismo principio...

—Perdone, sargento —le interrumpió suavemente ella—, la principal culpable fui yo, por no denunciar y presentarme tal como estaba a reconocimiento... Él no se comportó peor que yo, y ambos tuvimos la misma reacción y huimos.

—Bien, señorita, es usted de nobles sentimientos, no cabe duda. Pero yo... vengo decepcionado en cierto... sentido...

—¿Por qué causa?

—Pues... Abelairas se niega a declarar lo que pasó. Teme que lo procesen por el delito de lesiones graves...

—Bueno, eso también es comprensible... Si lo miramos imparcialmente, nos damos cuenta de que él sólo trató de ayudar, y que su ataque a mi... agresor... fue una reacción instintiva sin ánimo de perjudicarlo gravemente... Y cuando creyó que lo había matado, se asustó y escapó. Es lo que haría mucha gente en su caso...

—Tal vez... pero así se queda usted sin un testigo vital para apoyar su versión. Mire, al no denunciar su... violación... en el momento, no tenemos más que su palabra contra la del cafre ése... Por eso, la declaración de Abelairas, como único testigo, es... imprescindible para castigar al delincuente...

—Quiere decir que con sólo mi palabra... ése... ¿va a salir limpio de este asunto?

—Seguro.

—Pero ni usted ni yo podemos forzar al señor Abelairas, porque ninguno de los dos podemos demostrar que estuvo allí... porque todo lo que sabemos, incluida la

posibilidad de la identificación de mi agresor, a él se lo debemos.

—Y porque como solamente me lo contó a mí, estamos en el mismo caso, si lo niega será su palabra contra la mía, o sea... nada de nada...

—Bien, entonces... ¿de qué nos preocupamos? No está en nuestra mano hacer más de lo que ya hemos hecho...

—Pero para un agente de la ley es algo... indigno... concluir así... un...

—No se atormente más sargento— le cortó—; ambos hicimos lo que debíamos, y el señor Abelairas también ha hecho algo positivo, porque nos brindó la posibilidad de conocer a... ése canalla... No podemos obligarle... ¿y tiene familia?

—Sí. Está casado y ocupa un puesto de cierta importancia en la notaría.

—Pues... quizá su declaración pudiese ocasionarle problemas...

—Pero, antes está la propia conciencia, y el deber de prestar ayuda a la justicia, y la humanidad ante la situación de indefen-

sión de una persona vejada y humillada...

—¿Usted habría declarado en mi favor si estuviese en su lugar?

—Pues ssí... Es decir, lo primero es lo primero y... —el sargento estaba incómodo, porque nunca se había planteado así la cuestión—, creo que sí, que declararía a pesar de... los pesares —remató voluntariamente.

—Bien —sonrió ella— pero ése no es el caso, sargento, perdóneme. ¿Quiere usted acompañarme con la sopa?

—¡Perdón, señorita, se me ha ido el santo al cielo! Mire, yo solamente quería que viese usted el atestado que voy a entregar en el juzgado.

Le tendió el documento que ella leyó atentamente.

—Bien —concluyó la lectura—, todo responde a la realidad de los hechos, excepto las pistas facilitadas por... el señor Abelairas... Y ya hemos llegado a la conclusión de que... no podemos ir más allá...

—Lo siento, señorita Ramírez... Debo irme

ya.

—Le acompaño hasta la puerta, sargento, y le agradezco su interés.

—La avisaré de lo que pueda surgir. Cuente conmigo.

—Adiós, sargento.

Permaneció tras la puerta cerrada, escuchando sus pasos en la escalera. De la cocina llegaba el nutritivo aroma que despedía la sopa hirviendo en la olla, pero no se percató de ello. Se le había ido el apetito...

X.

—Oiga, sargento, ¿qué es lo que me mandó?—, la voz de don Ildefonso Suanzes resonaba con timbre vindicativo en el auricular que Gamallo apoyaba en su pabellón auditivo—. Esto no hay por dónde cogerlo, no se puede sacar nada aprovechable.

—De momento, Señoría, hay la declaración de reconocimiento de la víctima de una presunta violación sobre su agresor. Es una prueba directa de la comisión de un delito...

—¡Venga, hombre, no pretenda enseñarme mi oficio! O sea, que ahora cualquier señora puede fijarse en algún aspecto físico llamativo de algún varón que desee fulminar, y lo acusa de violarla aduciendo como prueba ésa característica corporal. ¿Dígame, dónde están las pruebas de que la señorita... estee... sí, Ramírez, ha sido violada por el señor Blanco? ¡Nada! Ni denuncia inmediata del delito, ni pericia mé-

dica, ni testigos ocasionales, ¿qué me en-
vía aquí, sargento?

—Verá, Señoría, la víctima en cuestión se
presentó a denunciar a raíz de la informa-
ción aparecida en el periódico que...

—¡Ésa es otra! —cortó el juez— ¿Se ha pa-
rado a pensar que puede ser una mucha-
cha ansiosa de notoriedad? ¿O una histéri-
ca de ésas que se imaginan ser víctimas de
los delitos que oyen en la radio?

—Señoría... de la primera imputación so-
bre deseo de notoriedad, bien se alcanza a
cualquiera que es inocente, dada su reluc-
tancia a denunciar... hasta que leyó en la
prensa...

—¡Oiga, sargento, yo no "imputo" nada a
nadie! Hablaba en sentido figurado. Y bien
se me "alcanza" que precisamente pudo
decidir aprovechar la notoriedad que el
caso mostraba en la prensa, para atraer-
se... cierta cuota publicitaria. ¿Y quién nos
dice que no tiene algún motivo de animad-
versión contra el Benigno Blanco ése, y lo
denunció para vengarse?, una vez creyó
que podría hacerlo tratando de pasar por
una tierna muchachita. En cualquier caso,
yo no puedo abrir sumario con tan escasa,

por no decir nula, base fáctica. Imagínese lo fácil que lo tendría el abogado defensor del acusado para cortar dos orejas y rabo ante una acusación sin pruebas, ni testigos, ni pericias, ni nada de nada. Quiero que sepa que el señor Fiscal, que ha leído su "obra maestra", está de acuerdo conmigo. Sepa usted, sargento, que tenemos que ser conscientes de la escasez de los recursos públicos destinados a la administración de justicia y no malbaratarlos sosteniendo acusaciones imposibles que ocasionan cuantiosos gastos al contribuyente, y terminan, indefectiblemente, en la sangrante burla de la justicia y sus representantes.

—Señoría, aprecio y acato sus argumentos. Pero el hecho es que se ha denunciado un delito ante mí, y como agente de la autoridad, mi obligación inexcusable es ponerlo en conocimiento de la justicia. No he podido aportar más datos que los que obran en el atestado que tanto lo indigna, pero estoy seguro de que la víctima ha sido vejada, humillada y agredida en su intimidad. Cuestión diferente es que pueda acreditarlo suficientemente en sede judicial, pero ante todo, estimo que debería darse audiencia a la víctima... supuesta...

—¿Se da usted cuenta que si decido oír a la... supuestamente... agredida, debo oír también al acusado, y eso dará lugar a la obligación de admitir su personación en la apertura del sumario, y tendremos ya montado el tio vivo judicial con abogados, acusadores, ministerio fiscal... y toda la "metralla", bajo unos hechos... "supuestos", sin la mínima apoyatura..., y que eso es, precisamente lo que un juez consciente de sus deberes y funciones debe tratar de evitar?

—Señoría, tengo serios motivos, que no puedo certificar de momento, sobre la posible relación existente entre la supuesta violación y la agresión sufrida por el señor Blanco en la misma noche de autos. De momento, le rogaría que se le pusiese bajo control del forense para que aprecie la evolución de sus heridas.

—Bien. Eso se puede realizar. Ustedes mismos pueden darle aviso de que se presente a reconocimiento médico. Envíe a alguien a por la citación oficial, y se le lleven al interfecto. También podríamos enviar al agente judicial, pero tardaría más tiempo porque debe entregar otras citaciones y hay que guardar turno...

—Prefiero la primera alternativa, Señoría. Enviaré a alguien a recoger la citación. ¿Y qué me dice de abrir una encuesta judicial para dilucidar si el asunto merece que se abra sumario?

—No veo la necesidad de semejante recurso, que se utiliza en casos dudosos pero con un nivel fáctico suficiente, y desde luego muy superior al que usted me proporciona en el atestado... Pero como es un recurso más económico que la apertura de un sumario destinado al archivo, podremos considerar su solicitud si el Ministerio Público está de acuerdo. Le llamaré para hacerle saber mi decisión.

—Muchísimas gracias por su atención, Señoría. ¿Ordena usted alguna cosa más?

—¡Yo qué le voy a ordenar! Le rogaría, aunque sé que es perfectamente inútil, que tuviese más piedad con los recursos públicos, que el dinero no crece en las ramas de los árboles. Buenos días, sargento.

—Buenos días, Señoría...

Don Ildefonso colgó con malhumor el auricular. Estaba harto de hacerle entender a los agentes de la justicia, que no todo deli-

to denunciabile puede ser perseguible. Lo ideal sería que ningún abuso quedase impune, pero la ley exigía cautelas que, por su misma naturaleza impedían ciertas acciones destinadas a esclarecer hechos que permanecerían oscuros para siempre. Era una desgracia, pero la justicia, como toda aspiración humana, tenía unos límites y reflejaba unas manifestaciones imperfectas, fruto de las carencias de la naturaleza falible de sus promotores, hombres al fin y al cabo.

Se sirvió un vaso de agua, de la jarra que tenía en el escritorio, y disolvió en el líquido un sobre de sal de frutas. Revolvió prolijamente la pócima y se la echó al coleteo, con un rictus de desagrado. Al poco rato eructó, y se sintió mejor. Otra de sus cuitas consistía en soportar las manías culinarias de Mercé, que se empeñaba en meterle platos de cocina catalana, con una frecuencia sencillamente abominable. Ayer había servido escudella, y desde que la cató, parecía que se le hubiese puesto de pie en el estómago, sin dar sosiego a la expulsión de abrasivos flatos por todos los orificios corporales... otra humillante y desagradable manifestación del mal barro de que estamos cocidos. Suspiró con resignación.

El sargento Gamallo llamó al cabo y le encargó que enviase a alguien a recoger una citación judicial para reconocimiento médico forense a nombre de Benigno Blanco Pérez. Luego, debería ir a entregársela en mano al interesado. El agente tenía el mayor interés en vigilar atentamente el proceso médico evolutivo de las heridas del cafre... Deseaba que la curación se produjese en el plazo limitado a las "faltas", y eso solamente podía controlarlo el médico forense; pero en caso de que el plazo se superase, le convenía tener una serie de datos físicos del elemento que podrían ser útiles en el futuro, y que esperaba obtener del informe preceptivo de reconocimiento médico que se le practicaría en el juzgado.

Por otra parte, no dejaba de darle la razón al juez, y aunque no se sentía culpable de nada, no cesaba de preguntarse sobre el alcance que podría tener que, poniéndose el mundo por montera, detuviese a Abelairas y lo denunciase por lesiones. Quizá eso tuviese la virtud de meterle el temor en el cuerpo y lo hiciese más colaborador... Por contra, existía la posibilidad de que se reafirmase más en su resolución, como medio de presentarse ante su mujer y sus conocidos como una víctima de la arbitrariedad policial... Y no le cabía duda de que

llevaría las de ganar y acabaría siendo considerado por sus parciales como un "mártir-héroe", que se enfrenta a la omnímoda brutalidad de una autoridad opresiva. Pero estas elucubraciones no eran más que una pérdida de tiempo, porque tan pronto Abelairas fuese llevado ante la autoridad judicial, sería puesto en libertad por falta de pruebas. En el fondo tenía razón don Ildefonso. Era mejor, pues, dejar las cosas como estaban. Al menos de momento.

Mariquiña había pasado la tarde entre brumas. Desde que la visitó el sargento Gamallo, otra vez experimentaba la opresión del temor y la certera sensación de la más completa indefensión. Así pues, había límites que ni la propia justicia podía traspasar. Era la misma ley, que la justicia debía defender y promocionar, la que lo impedía. ¿Y a ella, vejada, humillada y ensuciada en su intimidad, quien la resarcía? Había límites, de acuerdo, pero... ¿quién limitaba a los delincuentes que eran protegidos por esos límites que impedían que sus víctimas obtuviesen satisfacción de los agravios sufridos? Había buenas personas, como el sargento, que tan bien se había portado con ella, mostrando un sincero interés y tratando de vindicar su

ofensa y poner al responsable ante la ley. Pero ni siquiera su voluntad era capaz de conseguir justicia para ella. Y esto era más doloroso aún, pues mostraba claramente que en el mundo las fuerzas del mal son más poderosas que los defensores del bien, que por mucho que luchen, están destinados a llevar las de perder la mayoría de las veces.

Acababa de rematar la costura interior de una falda y cortó con la tijera el hilo sobrante. Al volver a ponerla en la mesa, se quedó mirando fijamente para el pulido acero... y pensó que en la vida, hay personas que representan el papel de hilos que cosen y unen piezas de tela entre sí, y otras hacen de tijeras que tajan sin piedad a los hilos que han cumplido su función... o cuya costura no es satisfactoria... o, simplemente se divierten tajando todo lo que se les pone delante, como hacen las niñas pequeñas que juegan a costureras.

Ya era hora de marcharse. Recogió los útiles de trabajo y se despidió de sus compañeras. Salió a la húmeda y gris atardecida y se encaminó a su hogar. Pensó que el tiempo reflejaba a la perfección su estado de ánimo, y que su vida sería una perpetua y temerosa grisura sin remedio... por

causa de una despiadada tijera que había rasgado su intimidad y su espíritu...

XI.

El señor Ildefonso Suanzes y Ladrón de Guevara, máxima autoridad judicial de Viladoce tomó, al fin, tras maduro examen y consulta preceptiva al Ministerio Fiscal, la decisión de proceder a una encuesta sumaria con el fin de tratar de esclarecer si los hechos ocurridos el martes de Carnaval de 1969, en el pasaje de Caramoniña, merecían la incoación del correspondiente sumario de de Instrucción para su posterior elevación a la Audiencia Provincial, cuya Sala de lo Penal era la única capacitada para entender en el asunto que se iba a estudiar en primera instancia.

El motivo principal de la decisión del severo magistrado, lo constituía el proceso evolutivo de las lesiones sufridas por el señor Benigno Blanco la noche de autos. Porque, sus heridas habían tardado en curar, exactamente 21 días, con fecha de alta por el médico forense avalando semejante circunstancia, que al rebasar el período de 15 días calificado para "faltas" por lesio-

nes, se había convertido por imperativo legal en "delito".

Cuestión menor para don Ildefonso era la supuesta "violación" aparentemente concomitante con el delito citado, como parecía desprenderse del atestado de la Policía Judicial que, por otra parte, nada significativo aportaba en tal aspecto. No obstante, decidió que nada se perdía con dar audiencia a la supuesta perjudicada-en caso de que optase por comparecer-para aclarar de una vez por todas si algún aspecto de tal hecho, presuntamente delictivo, podía ser expuesto con mayor precisión. En cualquier caso, nada se perdía con agotar el trámite de la investigación-deficientísima, en opinión del juez-efectuado por el sargento don José Gamallo Sieiro.

Dio por tanto instrucciones al Secretario para que redactase las oportunas notificaciones a los interesados, con expresión de la fecha de la encuesta-30 de marzo de 1969-por si estimaban oportuno comparecer y aportar la exposición de sus argumentos ampliatorios de sus declaraciones y someterlos al correspondiente examen de la autoridad judicial convocante. Además ordenó la extensión de mandamiento

judicial para la comparecencia del agente actuante en la información del atestado de la fecha de autos, para constancia de su ratificación en la encuesta sumaria. Don Ildefonso estaba dispuesto a no dejar nada al azar. Y, si como esperaba, la encuesta revelaba la completa inutilidad de posterior apertura de sumario, nadie podría decir que no se hubiesen agotado todos los recursos legales en orden a su esclarecimiento, antes de ordenar su archivo.

Mariquiña encontró un día en el buzón la notificación que la emplazaba a concurrir al acto judicial que se celebraría en la fecha señalada, como "supuesta" perjudicada de un "presunto delito" sin determinación calificada. Al principio no entendió nada del ampuloso lenguaje judicial, y solamente se fijó en la fecha. Como desconocía el alcance y efectos de la notificación, así como su carácter voluntario, llamó al sargento Gamallo en busca de aclaración. Muy inquieta lo informó del "papel" que había recibido y preguntó qué debía hacer.

—Mire, señorita Ramírez —respondió él, tranquilizador— nada tiene que temer. Lo que pasa es que el juez quiere que usted le explique, personalmente lo que me con-

tó a mí. No está obligada a ir si no lo desea... Pero yo le aconsejo que acuda.

—Pero... me va a ver la gente de la ciudad y... me da apuro... Además... yo me pongo muy nerviosa cuando tengo que hablar mucho tiempo... y... no sé — concluyó, afligida.

—No es como usted piensa. No es una audiencia pública, sino una especie de "juicio particular", para que el juez se forme... una opinión sobre lo que pasó... aquella noche...

—Pero... ¿no se lo escribió usted...?

—Pues sí, pero... a veces los jueces desean oír la versión directa de los perjudicados... No tema que la vea mucha gente, porque en realidad, vamos a ser muy pocos...

—¿Irá usted?

—Pues sí. He recibido la orden directa del juez, y tengo que cumplirla. Allí estaré también.

—Eso me tranquiliza... ¿Y quién más irá?

—Pues estarán el juez, el fiscal y el secre-

tario... Y también irá Benigno Blanco...

—¡Oh! —Gamallo creyó advertir el estremecimiento de angustia que asaltó a la muchacha— No sé... si po... dré soportarlo...

—Valor, señorita, piense que tendrá oportunidad de expresar ante la autoridad judicial las aberraciones que sufrió... Usted no tiene nada que temer ni de qué avergonzarse... en todo caso es su ofensor el que debe responsabilizarse de sus abusos... delictuosos...

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que vaya... ése señor de la... notaría...?

—Mire, señorita Ramírez, debe usted saber que las heridas de... Blanco... han tardado en curar casi un mes... Si Abelairas compareciese y declarase a su favor, tendría que asumir que atacó e hirió gravemente a su ofensor... No irá, señorita... no debemos engañarnos...

—Gracias por su atención, sargento. No le molesto más...

—¿Irá, señori...?

El "clic" del auricular le advirtió que su interlocutora acababa de cortar la comunicación.

Gamallo se dio cuenta que la carga era muy pesada para aquella muchacha. Jamás había tenido que ver nada con la justicia, y la había impresionado el papel oficial del juzgado con un lenguaje intimidante por desconocido, tan fuera de lugar de la forma general de expresarse de la gente común. Y luego... la posible comparecencia del animal fuera el alma aquél, que había abusado de ella... Recordó su llanto silencioso y angustiado cuando le palpó la innoble jeta en su despacho al... indeseable aquél, y hubo de reconocer que se le estaba pidiendo demasiado a aquella pobre niña atemorizada...

Estuvo tentado de ir a verla e insistir en la conveniencia de que acudiese a la cita. Pero el desazonador convencimiento de que su sufrimiento no iba a surtir los efectos deseados en orden al castigo y reparación de la ofensa recibida, le hizo capitular y desistir...Sería lo que ella misma decidiese. Nadie había sufrido tanto como ella, y lo menos que podía esperar es que la dejasen decidir por sí misma, en paz.

Maldijo al cobardón e insolidario Abelairas, y tentado estuvo de agarrar el teléfono y tacharlo de...Pero, ¿qué ganaría con ello? No iba a comparecer "motu proprio", y avergonzando su proceder, sólo conseguiría que se reafirmase más en su decisión, y que aumentase la animadversión que sentía hacia el propio Gamallo por haberlo sometido a la "prueba" de identificación... sin avisarlo. No-se dijo-los dados están en el aire, y caerán en el tapete a su manera. Lo más prudente es... esperar y ver.

Mariquiña invirtió los siete días que duraron sus dudas, en resolver una cuestión esencial para ella. Determinar la razón necesaria para acudir a la cita en el juzgado. Sabía que si lo hacía tendría que pedir permiso a doña Generosa y enseñarle la citación, y de esa forma se vería en lenguas ajenas. La malicia general pronto se haría eco de su intervención en "cosas de la justicia", calificación ya de por sí reproachable para la gente de orden, que procuraba mantenerse lo más alejada posible de jueces, abogados, escribas y sayones de la "tralla" judicial.

Por otro lado, pronto se sabría su desgracia, y tendría sobre sus espaldas la

"sospecha" de si pudo haber dado lugar, con su comportamiento impropio, a que la tratasen como a una "cualquiera", genérica definición que alteraba el espíritu y la mente de las señoras bien pensantes de la villa, y que podía dar lugar a que por un puritano, hipócrita y falso prurito de "honorabilidad", dejasen de frecuentar-por una temporada, al menos-el obrador de la señora Ramonde, lo que influiría negativamente en los haberes de sus compañeras y afilaría sus lenguas dando pábulo a los comentarios más acres que fuesen capaces de esparcir por los contornos.

¿Y todo eso para qué? Para ver, en persona, cómo el autor de su desgracia, su agresor inmisericorde, el que la había golpeado y roto su intimidad, sin ningún derecho, se fuese tan campante, limpio de polvo y paja delante de sus ojos, luego de haber sido rechazada, "por falta de pruebas concluyentes", su alegación ratificando lo expuesto en su denuncia.

Ni siquiera Gamallo, el considerado agente que la creyó desde el principio, podría evitar que a la ofensa sufrida por ella, se uniese la humillación de ver impune a su ofensor ante la misma justicia, incapacitada para exigirle estrecha cuenta de su acción delictiva.

Pero, siendo cierto lo anterior,... ¿por qué debía callarse? ¿Tenía que aceptar que el silencio era la única garantía de su consideración pública? Debía callar para no ser objeto de las "despectivas sospechas" que se suscitarían sobre su conducta. ¿Era eso? Bien, pero fuese cual fuese su conducta, que nadie estaba en condiciones de juzgar en el terrible momento que hubo de sufrir, subsistía el hecho de que era una persona libre y no el objeto a propósito para que saciase sus ansias en ella el primero que pasase. Y silenciando su injustificable ofensa, estaría demostrando que le daba más importancia a la opinión pública que a la propia estimación y respeto que se debía a sí misma. Y era su propio decoro el que exigía que proclamase, alto y claro, delante de la justicia y de su propio asaltante, que hay un límite que ningún criminal puede traspasar y ninguna víctima silenciar sin hacer agravio a la verdad y las libertades públicas que deben regir las relaciones personales en una sociedad civilizada. En el peor de los casos, ya no se trataba de que le diesen la razón que le sobraba, sino la posibilidad de exponer públicamente ante la justicia, que había sido ofendida y brutalizada sin ningún derecho ni consideración por alguien que pretendía salir impune del trance. Se-

guramente lo conseguiría, pero no sin que ella denunciase su delito y reclamase su derecho a la protección de la sociedad representada en aquellos señores que la iban a escuchar. Iría y hablaría.

La Sala de Vistas del Juzgado de Viladoce, estaba ocupada aquella lluviosa mañana de naciente primavera, por una serie de personas de diversa condición, reunidas para efectuar las formalidades legales de la encuesta sumaria decretada por el señor Magistrado-Juez titular del partido judicial de Viladoce, acompañado del representante del Ministerio Público, don Orestes Abrantes Lestón, el Secretario Judicial, don Orentino López Ibáñez, y el Agente Judicial Marcelino Cahafeiro Ulloa, que representaban, cada uno a su manera, la majestad de la Justicia que el Estado reserva como "última ratio" para todos aquellos ciudadanos que se sintiesen agraviados en sus derechos, o necesitados de impulsar sus pretensiones por la vía judicial.

Los bancos que se encontraban frente al estrado, estaban ocupados por Benigno Blanco Pérez, acompañado de su abogado, y la señorita María Ramírez Bugallo, muy pálida y completamente intimidada por lo que veía. Al final, en el último banco, se

encontraba el sargento Gamallo, requerido por la autoridad judicial para ratificar la información condensada en el atestado referido a los hechos que se iban a examinar.

Como la encuesta no tenía carácter de vista pública, se ahorraron las formalidades preceptivas en tal actuación, y tanto el juez como fiscal y secretario iban de paisano, sin toga, lo que contribuía a dar una impresión de llaneza al espectador novicio, que bien pronto saldría de su error al comprobar la minuciosidad que los funcionarios de la justicia iban a imprimir a un acto, aparentemente anodino.

A una indicación del juez, el secretario se levantó y procedió a leer con su voz de eunuco chillón, el inicio de las actuaciones...

—Dada cuenta por Su Señoría Ilustrísima, con el preceptivo acuerdo del Ministerio Fiscal, de la incoación de la encuesta sumaria en orden al esclarecimiento de los hechos ocurridos en la pasada noche de martes de Carnaval de 24 de febrero de 1969, procede la recepción de los testimonios a que hubiere lugar.

El Secretario se sentó, y el Magistrado tomó la palabra a continuación.

—Una encuesta judicial es el procedimiento regulado en nuestro sistema procesal para la aclaración de cuestiones de tan dudoso linaje, que por sí mismas no obligan a la apertura de sumario indiciario de responsabilidad penal. O bien, que en caso de existir tales indicios, son de naturaleza tan etérea que se hace necesaria la convocatoria de aquellos que tengan interés en el asunto concreto de que se trate, para buscar su esclarecimiento en orden a la incoación del correspondiente instrumento sumarial que dará lugar al subsiguiente proceso. En caso de no allegarse la suficiente información que faculte al juez obrante para comenzar las actuaciones propiamente procesales, se procederá al archivo de la causa en el grado en que se aprecie la imposibilidad de conseguir un resultado positivo que es el objeto de nuestra encuesta. Exhorto a los comparecientes a la brevedad y concisión de las respuestas a las cuestiones que se les propongan, así como a la exactitud en la exposición de sus declaraciones ampliatorias y/o sus conclusiones en caso de que estimen oportuno formularlas.

Ahora, debo aclarar que en la presente encuesta nos encontramos en presencia de un delito consumado y sin autor conocido,

y de una acusación de otro acto delictivo que no ha sido acreditado y que en el atestado policial figura como concomitante o subyacente con el anterior. Buscar las causas y el culpable del primero, y examinar los indicios que pudieran existir sobre el segundo e hipotético, son el objetivo de esta actuación. Por ello debo advertir a los interesados que no se admitirá ningún tipo de manifestación que no se circunscriba exactamente al objeto establecido. Señalado lo cual, ruego al Ministerio Público que proceda.

XII.

—Procede oír la declaración de don Benigno Blanco Pérez—. La voz del fiscal, grave y cavernosa, inició la parte inicial de la encuesta judicial con el interrogatorio de las "víctimas".

—Mi patrocinado está dispuesto al requerimiento del representante público —respondió el abogado del interpelado.

—¿Desea contestar por sí mismo o por su representación?

—En esta fase lo hará por sí mismo.

—Bien, en tal caso, ruego al señor Blanco que relate lo que recuerde sobre lo acaecido la noche del pasado martes de Carnaval.

El sombrío semblante del Benigno se hizo aún más impenetrable, y dirigiendo una mirada circular, reconcentrada y astuta, respondió así:

—No puedo contar más de lo que dije al agente de la Guardia Civil que me interrogó después de ser asistido médicamente. Caminaba por el pasaje de la Caramoniña y en medio de la oscuridad recibí un golpe en la nuca que me dejó sin sentido. Cuando recobré la consciencia me estaba atendiendo un practicante del cuarto de socorro. Luego me llevaron en ambulancia y me cosieron la herida... No sé más...

—¿Sospecha usted de alguien interesado en atacarlo?

—No, señor.

—¿Vio usted, o notó, la presencia de otra persona en su recorrido por el callejón?

—No, señor.

—¿Tuvo usted alguna discusión o enfrentamiento notorio en fechas anteriores a la agresión que sufrió?

—No, señor.

—¿No puede aportar usted ningún otro dato de interés para la encuesta?

—No, señor.

—Una pregunta curiosa, y no está obligado a responderla, ¿para qué trae representación letrada a ésta encuesta?

—Bueno —se encogió de hombros y miró con los ojos achicados al Fiscal—, yo no entiendo de cosas de justicia... Pensé que debía acompañarme alguien que sepa de esto...

—¿Tiene alguna objeción el Ministerio Público en contra de la representación calificada de los justiciables citados a este acto?— preguntó ácidamente el abogado de Benigno Blanco.

—En modo alguno, letrado... Ya le dije a su patrocinado que era simple curiosidad... Señoría— se dirigió al juez— he terminado.

—Aceptado, señor Fiscal. ¿Cree oportuno interrogar al agente actuante en el atestado?

—En realidad no, Señoría... No creo que pueda aportar nada distinto de lo que consta en autos. Se limitaría a repetir lo que ya escribió anteriormente.

—Exponga sus conclusiones.

—Ataque ejecutado por autor desconocido, con resultado de delito de lesiones. De imposible esclarecimiento a tenor de los datos expuestos en la declaración de la víctima, así como la carencia de cualquier otra prueba o indicio.

—¿Desea el señor Blanco exponer alguna conclusión al respecto?— ofreció

el juez.

—No, Señoría—, respondió el representante del interpelado.

—Bien, ahora procede examinar el segundo punto de la encuesta. Se trata de dar audiencia a la presunta perjudicada en un delito de naturaleza sexual forzado en su persona la misma noche del martes de Carnaval. Señor Fiscal, puede proceder.

—Ruego a doña María Ramírez Bugallo manifieste su disposición a prestar declaración.

—Ssíii... señor... Fiscal...

—¿Hay algo que la perturbe, señorita?

—En realidad sí... mmee per... turba... mucho...

—¿Puedo saber lo que es, para remediarlo?

—Lo... diré ahora... Me atemoriza estar... en la misma haa... bitación quee mi... mi... violador...

—¿Puede identificarlo ahora mismo?

—¡Ése es... el... mi asaltante!— El índice de Mariquiña señaló, rígido y acusador a Blanco, que miró a su abogado y luego a la muchacha de forma oblicua y penetrante.

—¿Puede explicar que ocurrió?

—Yo regresaba del baile de Carnaval, y hube de subir por el callejón de Caramoniña para llegar a mi casa. Entonces alguien me asaltó y empezó a manosearme. Traté de soltarme pero era más fuerte que yo, y entonces le dí un bofetón. Recibí un golpe en la cara que me dejó indefensa... Cuando recobré mi sentido...— se echó a llorar, mientras el Fiscal servía un vaso de agua y se lo ofrecía; bebió un sorbo y se enjugó los ojos— me encontré... violentada en mi intimidad... y sucia... A mi lado estaba él —señaló de nuevo a Blanco— boca abajo, inmóvil. Traté de darle la vuelta y me manché las manos con su sangre... Creí

que estaba muerto y... temí que me culpasen por ser la única persona que estaba... allí... con él... Además me encontraba tan... asqueada... que huí...

—Entonces... no le vio la cara... ¿cierto?

—No, señor. Ya le dije que me escapé.

—¿No pensó en denunciar su violación?

—No, señor... Me encontraba alelada, y enferma de miedo y... asco. No denuncié y... sé que hice mal... Después pensé que era una cobarde... por... él —nuevamente señaló a Blanco.

—¿Por qué motivo?

—Al verlo tirado allí, se me ocurrió que bien pudo haberle atacado mi agresor... por tratar de defenderme...

—Pero... ¿fue usted consciente de que hubiese una tercera persona en el callejón?

—No, señor. Desde que recibí el golpe en la mandíbula ya no fui consciente de nada... hasta que me... recobré y lo vi allí... a mi lado... Sólo fue una suposición...

—Pero... ¿cómo pudo confundirse? ¿cómo no lo reconoció?

—Estaba de bruces y... no pude tocarle la cara... Al tener sangre en el cuello de la chaqueta me asusté y huí... sin saber quien... era...

—Entonces... ¿lo identificó por su cara?

—Sí, señor.

—¿En qué lugar?

—En la oficina del sargento Gamallo...

—¿A qué fue allí?

—La primera vez, a relatar lo que me había ocurrido en el callejón... Y la segunda... a reconocer a mi... asaltante...

—¿Qué tiene su cara de especial?

—Pues... tiene una piel durísima, gruesa y áspera... como de cuero agrietado... Nunca había tocado algo así...

—¿Conoce usted a muchos hombres, con esas mismas características faciales, señorita?

—A ninguno, excepto... a él... —su dedo índice volvió a marcar la figura de Blanco.

—Señoría, estimo oportuno llamar a declarar al sargento Gamallo —pidió el Fiscal.

—Yo también lo creo así —respondió el juez—. Sargento, haga el favor de ponerse a disposición del ministerio Público.

—Como ordene su Señoría.

—Sargento, diga a qué fue la señorita Ramírez a su despacho.

—Vino a raíz de un comentario de prensa sobre el caso del pasaje de Caramoniña. Le pedí a un redactor conocido que diese noticia de que la investigación no avanzaba. Tenía la esperanza de...

—¿Creía que alguien podría darle alguna pista?

—Sí, señor Fiscal.

—Y apareció la señorita Ramírez.

—Así fue. Y me contó lo que le había pasado.

—Pero ella no le pudo dar ninguna pista porque no conocía a su agresor.

—Cierto. Pero sí me dio la descripción de la piel de su rostro como acaba dársela a usted. Entonces... recordé la cara del lesionado en el mismo callejón, el mismo día y a la misma hora.

—¿Qué decidió?

—Pues creí oportuno dar a la señorita Ramírez la oportunidad de tocar la cara del herido. Pedí orden judicial y lo cité en mi oficina. Allí con los ojos de él vendados, para que no la reconociese, le pedí a la señorita que comprobase si la piel de su cara era la misma que recordaba.

El resultado figura en el atestado y concuerda con su actual declaración. He de señalar que anteriormente al reconocimiento de su agresor realicé contraprueba con persona distinta y el resultado fue negativo.

—Señoría—, remató el Fiscal— creo oportuno dar a la parte acusada por la declarante la oportunidad de efectuar contrainterrogatorio si así lo estima oportuno.

—Declárelo la contraparte en este momento —inquirió el juez- dirigiéndose al Benigno y su abogado.

—Deseamos contrainterrogar, Señoría.

—Bien, comenzarán en sesión de tarde. Queda fijada la reanudación de la vista a las cuatro y media.

—Pueden desalojar la Sala —voceó con autoridad el alguacil Cachafeiro, justificando así su silenciosa presencia a lo largo de la sesión matinal.

Todos se levantaron y siguieron los pasos del juez que había desaparecido ya por la puerta en busca de algún sugerente plato amorosamente cocinado por doña Mercé. De la marcha de su digestión, dependería en gran medida el desarrollo de la próxima sesión de la encuesta que se celebraría tras la pausa del mediodía.

XIII.

Don Ildefonso Suanzes tomó asiento detrás del estrado y se dispuso a dirigir la sesión de tarde de la encuesta. Estaba de muy buen humor. Había decidido prescindir, por una vez, de las "delicias" de la cocina casera, y tras el preceptivo aviso a doña Mercé, amparado en la "carga de trabajo" que precisaba aligerar la vista, se fue a comer con don Orestes al Restaurante Mantiñán, el mejor de la villa, porque los de más que ostentaban tan pomposo título eran simples figones o casas de comida rápida, propios de camioneros y agentes de comercio.

Encargaron una ensalada de cigalas con erizos de primero, y luego una fresquísima merluza a la cazuela, regado todo ello con un blanco de Fefiñanes, que los puso de muy buen humor. Excusado es decir que los delicadísimos jugos digestivos de juez y fiscal agradecieron el condumio, y los predispusieron a encarar la ardua tarea que les aguardaba con la mayor dili-

gencia y eficacia, como por otra parte era su obligación.

—Si el señor letrado de la contraparte lo tiene a bien, puede comenzar su interrogatorio —señaló el magistrado, dirigiéndose al abogado de Blanco, sentado al lado de su cliente.

—Con la venia de Su Señoría. Deseo comenzar a interrogar al sargento autor del atestado de referencia.

—Proceda.

—Dígame, sargento... ¿Es usted consciente de que vivimos en una comarca pesquera y agrícola?

—Pues... sí señor— respondió Gamallo, sin saber por dónde iba a tirar el letrado.

—Bien, entonces no será aventurado suponer que conocerá la exigente y dura vida de marineros y labriegos...

—Pues... ¿en qué sentido?

—Me refiero a que el trabajo de estas personas exige gran desgaste físico y se desarrolla al aire libre.

—Ciertamente, abogado.

—Luego no será ocioso suponer que las características laborales de tan esforzados trabajadores imprimirán en sus caras los rigores del clima que soportan habitualmente.

—Es posible...

—Dígame, ¿sargento, usted no ha visto nunca caras con tipo de piel curtida y surcada por arrugas profundas?

—Pues... sí... naturalmente...

—O sea, que la tez de mi cliente no es única en estos contornos, sino que pudiera decirse que corresponde a la piel habitual de una parte apreciable de los habitantes de la región...

—Bien...puede que sea así, pero...

—Luego, siendo cierto lo anterior, como acaba de reconocer, es muy posible que el autor del ¿supuesto? delito que menciona en su informe pudiera haberse cometido —en caso de ser cierto, cuestión dudosa— por cualquier otro varón de características faciales similares a las de mi patrocinado... ¿es así?

—Bueno... en cierto modo...

—Diga sí o no, por favor.

—Bien... sí... Pero el que estaba en el lugar de los hechos era su representado...

—Eso lo veremos luego. Ahora queda constancia —se dirigió al juez— de que el agente actuante reconoce que el ¿salto? Sexual —dudoso— pudo haber sido cometido por cualquier otro varón con parecida textura facial a mi representado.

El juez cabeceó afirmativamente.

—Dígame, sargento, ¿está en condiciones de asegurar que mi patrocinado era el único varón en el pasaje, en el desarrollo de los hechos examinados?

—Pues —recordó al cagón de Abelairas— no estoy capacitado para afirmar tal cosa...

—Es decir... que aunque usted lo considere improbable, no tiene la certeza absoluta de que el señor Blanco fuese la única persona de sexo masculino, con una determinada característica facial, presente en el pasaje de Caramoniña en la noche del

martes de Carnaval.

—Bien... es... posible que hubiese...

—¿Sí o no?

—Sí...

—Sí... ¿qué?

—Que es posible que hubiese... otro hombre...

—¿Se desplazó usted a reconocer el lugar de autos?

—No, señor.

—¿Por qué motivo?

—Por el informe de las asistencias médicas que no hallaron rastro alguno...

—Es decir, carece usted de toda prueba que incrimine al señor Blanco fuera de la acusación de la "supuesta"... ¿agredida?

—Carezco de cualquier prueba que pueda acreditar que estoy seguro...

—¿De qué me está hablando?

—Existen indicios...

—Usted es un profesional... ¿sus indicios han llegado a constituir pruebas?

—No... señor...

—Es decir, carece de cualquier prueba sustantiva en que fundar su presunción en contra de mi patrocinado. ¿Cierto?

—Bien... así es...— Gamallo tenía una bola de azufre en el esófago.

—Señoría, quede constancia de que el agente actuante carece de cualquier medio de prueba admisible a trámite, y por tanto, su informe se basa en simples suposiciones.

—Así queda anotado, señor letrado—. Don Ildefonso preveía que la encuesta iba a terminar de inmediato...

El letrado permitió que Gamallo respirase, y luego, entró a matar...

—Dígame, sargento... ¿tiene usted motivo de animadversión contra el señor Blanco?

—No, señor.

—Entonces... ¿por qué dirigió la declaración de la "supuesta" agredida?

—¡Yo no he dirigido nada!

—No se exalte. Dígame... ¿fue espontáneamente a verlo la señorita Ramírez, para denunciar su supuesta violación?

—Naturalmente...

—No tan natural, cuando ella misma reconoció ante el señor Fiscal, que se abstuvo de denunciar por temor, el ¿ataque a su honor? sufrido...

—Eso ocurrió en un primer momento, pero cuando salió la nota de prensa, decidió venir a verme...

—Dígame si conoce al informante del redactor de la noticia.

—Fui yo...

—¿Por qué motivo?

—Bien, carecía de pista alguna... No tenía por donde empezar y creí...

—Es decir, que utilizó la prensa para ver si

alguien ofrecía su colaboración...

—Más o menos...

—Dígame que pasó.

—Pues apareció la señorita Ramírez y me contó lo sucedido...

—¿Identificó ella al supuesto asaltante?

—Me habló de su cara...

—¿Identificó o no al señor Blanco?

—No, señor...

—Entonces... ¿a quién se le ocurrió que podría ser él el agresor?

—Bien... creo que a mí...

—¿Por qué pensó en él?

—Lo había tenido declarando ante mí al día siguiente de sufrir la agresión de que fue objeto...

—Y cuando la señorita Ramírez le habló de una cara curtida... usted recordó a mi cliente. ¿Cierto?

—Así fue.

—Y eso... ¿no es dirigir la declaración de la presunta ofendida en contra de alguien contra quien se carece de pruebas objetivas?

—Bueno... no creo... Además había otros... indicios...

—Expóngalos, por favor.

—En realidad, no aportarían nada al estado actual de la encuesta...

—¿Dirigió o no la declaración de la señorita Ramírez?

—¡Hubo un reconocimiento con contra-prueba!

—Si hubiese realizado dicho reconocimiento con otro varón de tez similar ¿hubiese alcanzado el mismo resultado?

—Es... posible...

—¿Dirigió o no la declaración de la su-puesta asaltada?

—...

—Señoría, quede constancia de que el agente actuante se prevaleció de una comparecencia anterior, ante su presencia, de mi patrocinado para orientar la declaración de la señorita Ramírez. Al mismo tiempo, hago constar que mi representado se reserva el ejercicio de las oportunas acciones penales en contra del sargento... señor... Gamallo.

—Así queda anotado en la encuesta, letrado —convino el juez—. ¿Ha terminado?

—Con el agente actuante sí, Señoría. Ahora desearía interrogar a la señorita Ramírez.

—Proceda cuando guste.

Gamallo se sentó con el más abrumador sentimiento de imbecilidad, jamás experimentado en su vida. Eso hizo que se incrementase su animadversión contra el oficial de notaría. “Hace falta ser hijo de mala madre —caviló— para dejar que esta pobre niña y yo hagamos el canelo de forma tan ostentosa”. Se prometió que al terminar la tormentosa sesión, iría a verlo y llamarle las de Caín. Ahora, sobre todo, temía el destrozo que el inclemente abogado de Blanco podría hacer en el ánimo

de Mariquiña. Y todo sale del miedo y la comodidad de Abelairas. Y de su negativa a afrontar su responsabilidad. ¡Maldito cabrón!

—¿Se encuentra cómoda, señorita?— el letrado ofrecía un gesto amable.

—Pues... en realidad... no...

—Si lo desea podemos solicitar al juez el aplazamiento del interrogatorio...

—Contestaré... aho... ra...

—Le ruego que si en algún momento se encuentra en mala disposición, fatigada, o por cualquier otra causa, me lo haga saber, por favor.

—Muchas... gracias.

—¿Conocía usted a mi representado?

—No, señor...

—¿Nunca lo había visto?

—Nunca.

—Le dijo usted al señor Fiscal que no

había podido identificar a la persona que yacía a su lado... ¿cierto?

—Sí...

—Entonces... ¿no sabía que fuese el señor Blanco?

—No...

—¿Tenía usted alguna pista sobre su... "agresor"... cuando fue a ver al sargento?

—No, señor...

—Es decir, en el momento de ir a ver al sargento, lo desconocía todo sobre su hipotético ofensor... ¿cierto?

—Así era...

—Es decir, que hasta que el agente actuante le hizo a usted ver que el que la asaltó "podría" ser el señor Blanco, usted ni siquiera sospechaba que dicha persona existía... ¿cierto?

—Pues... así era...

—En otras palabras, su agresor podría haber sido cualquier varón de similar con-

textura facial, que se hallase presente en aquél momento en el callejón... ¿es así?

—Bueno... le toqué la cara en el despacho del sargento y... era él...

—Por favor, conteste a lo que le pregunto. Si le hubiese presentado a otro señor con una piel similar al tacto, ¿le hubiese reconocido como a su agresor?

—Es posible... pero era una piel inconfundible...

—¿A cuántos varones conoce usted con una piel curtida y rugosa?

—A ninguno... hasta ahora...

—O sea, que usted no podía identificar a su agresor nada más que por el tacto... ¿no es verdad?

—Sí.

—Bien, le vuelvo a preguntar... ¿Está usted en condiciones de negar que pudo haber sido otro varón, de faz similar a la de mi representado, el autor de su hipotética... "violacion"?

—No, en modo absoluto... no lo puedo negar...

—Es decir, que cuando tocó la cara del señor Blanco, a usted le "pareció" que era la de su agresor, pero reconoce que no puede negar que pudiera haber sido otro, de similares características faciales... ¿Es así?

—Sí... puede ser... así...

—Señoría, pido que se haga constar que la supuesta ¿agredida?, no está en condiciones de confirmar, sin género de duda, la supuesta agresión sufrida a manos de mi patrocinado. Queda por tanto sin objeto la presunta sospecha de que existiese tal ataque por parte del señor Blanco.

—Así se anotará, señor letrado.

El abogado pareció quedar pensativo unos breves instantes. Luego, muy amablemente se dirigió de nuevo a Mariquiña.

—Señorita, dijo usted que no denunció su... ¿violación?... por temor a que la relacionasen con la que creyó muerte del señor Blanco. ¿Cierto?

—Bien, así fue...

—¿Comentó a alguien de su confianza el abuso de que fue objeto?

—¿Con quién iba a comentarlo?

—No sé... ¿Con una buena amiga, tal vez con un familiar...?

—No.

—¿Por qué guardó silencio?

—¿Que ganaba contándolo?

—Pues... tal vez la solidaridad y comprensión de las personas que bien la puedan querer a usted... ¿No?

—Estaba avergonzada... asqueada... humillada... No deseaba que nadie conociese mi... desgracia. Nadie podría... borrar... lo que... pasó...

—Es muy extraño. Dice que la violan, pero no denuncia, ni se lo cuenta a nadie de su especial estima, en busca de apoyo moral. Nadie puede testificar, ni siquiera usted misma, que haya existido dicha violación... Pero mi representado tiene la cabeza rota por estar en el mismo callejón que usted a la hora en que supuestamente era

¿violada?... por no se sabe bien quién...
¿Quizá fue usted quien le rompió la cabeza a mi cliente... y simula una violación para borrar las huellas de su ataque?

—¡Oh, oh...! ¿Cómo se le ocurre... a usted...?

—Responda... ¿Estaba usted en el pasaje de la Caramoniña el martes de Carnaval a la misma hora en que rompieron la cabeza del señor Blanco de una pedrada?

-Sssí... ¡pero yo no...!

—Bien, usted estaba allí y pudo haber creído, en medio de la oscuridad que iba a ser objeto de un ataque por la sombra de alguien que se le antojó amenazadora. No sabía quien era, pero le golpeó la cabeza, y luego al creer que lo había matado, se asustó y huyó. Y cuando tuvo tiempo de pensarlo más fríamente, urdió la historia de la violación y...

—Señoría —intervino el fiscal— el señor letrado está haciendo suposiciones que no tiene modo de probar. Ruego que le instruya para que evite hacer tales manifestaciones, ni aún a título de hipótesis.

—El Ministerio Público tiene toda la razón —se apresuró a reconocer el astuto letrado— únicamente quería mostrar a la Sala lo fácil que es armar una acusación, basada en proyecciones imaginarias, que se presentan como indicios susceptibles de transformarse en pruebas en contra de algún sujeto desapercibido de lo que se le viene encima...

—Menos mal que nos saca de dudas, letrado —resopló el juez—.¿Ha terminado el interrogatorio?

—Un segundo más, Señoría —rogó el letrado al juez que cabeceó comprensivo—.Señorita Ramírez. Se lo preguntaré definitivamente. ¿Identificó usted a mi patrocinado, el señor Blanco, en el callejón, como el autor de su supuesta violación?

—No, señor...

—¿Fue ése uno de los motivos de no formalizar la correspondiente denuncia?

—Fue... uno de... los motivos...

—¿Está en condiciones de negar que otra persona pudiese estar también en esos momentos en el pasaje de Caramoniña?

—No... no es... toy en condiciones de ne... garlo.

—Señoría, he terminado mi contrainterrogatorio. ¿Me autoriza a exponer mis conclusiones?

—Proceda... con la mayor brevedad, por favor.

—En realidad —dijo el abogado con especial satisfacción— en la presente encuesta no se ha podido acreditar la existencia de la violación que figura en el atestado de referencia. Por sí sólo, tal hecho ya imposibilitaría cualquier cargo contra mi patrocinado. Pero se debe hacer notar que ni la presunta agredida, ni el agente actuante, en ningún momento han podido exhibir prueba alguna que incriminase al señor Blanco, el cual es, por cierto, el único perjudicado en este lance, al ser apedreado, con resultado de delito de lesiones, por asaltante incógnito, lo que imposibilita que reciba el resarcimiento que en justicia le corresponda y que el peso de la ley caiga con todo su rigor sobre el autor de la agresión.

En vista de lo cual, insto a la Sala a decretar el archivo de las actuaciones de la pre-

sente encuesta, y la correspondiente declaración de la improcedencia de la apertura de sumario en relación con los hechos ocurridos en la noche del martes de Carnaval pasado en el pasaje de Carmoniña de nuestra ciudad.

—¿Está conforme con las conclusiones el Ministerio Público? —interrogó el juez.

—Sí, Señoría, me adhiero a la petición de la representación actuante.

—Queda pues finalizada la encuesta sumaria para esclarecimiento de los hechos examinados, decretado su archivo, y declarada la improcedencia de incoación de sumario de Instrucción. La vista ha terminado.

Era el triunfo definitivo de Benigno Blanco, que con ojos brillantes de triunfo y desprecio ojeaba a Mariquiña, mientras estrechaba la mano de su abogado...

—Una buenísima actuación, abogado... Dejó a ésa... pailaroca, con un buen palmo de narices... Je, je, je—. Reía como una hiena, mostrando unos dientes desiguales y afilados...

—No se merecen, señor Blanco... Ya le dije que con lo que aportaban... poca salsa iban a apañar...

Mariquiña se levantó, pausadamente, y se dirigió hacia Blanco y su abogado, mirando al primero muy seria. Gamallo la esperaba al lado de la abierta puerta de salida, intrigado por su actitud.

—Señorita —el abogado del Benigno la miró incómodo— estoy comunicando privadamente con mi cliente...

Inesperadamente, la mano de la muchacha se alzó y cayó sobre el rostro de Blanco como un relámpago acerado. Unos aullidos ronc, de animal herido se oyeron mientras el agredido se llevaba las manos a la cara, tinta en sangre, sobresaltando al juez y al fiscal que discreteaban a pie de estrado. Benigno cayó al suelo revolviéndose sin dejar de gritar...

De repente, cesaron sus alaridos y quedó exánime.

Gamallo que se había acercado a escape, gritó al alguacil que buscara al forense, mientras el resto de los concurrentes enmudecían de espanto ante la visión de

unas tijeras hincadas en el ojo derecho del herido.

El médico llegó presuroso. Pulsó la carótida del caído.

—Este hombre está muerto... La tijera probablemente atravesó su cerebro. La autopsia lo determinará con certeza.

Mariquiña seguía de pie, pálida y como ausente. Completamente inmóvil, y con la vista perdida en un lejano punto indeterminado. Sumida en un espeso silencio.

XIV.

La mujer estaba ante el rastrillo de la prisión. Alta y agraciada, tenía un aire de serena dignidad. Aguardó a que la celadora abriese la reja, al tiempo que la despedía...

—Adiós, María, que tengas suerte...

Le sonrió moviendo agradecida la cabeza, y encaró el espacioso zaguán que la llevaría a la puerta. Nueva despedida de la celadora que le franqueó el paso a la libertad... después de ocho largos años...

—Adiós, María, que sea enhorabuena...

—Gracias. Adiós.

Ya en la calle respiró golosamente el aire suave de aquella pálida y clara mañana abrileña. Entonces lo vio en la explanada que se extendía delante de la penitenciaría. Corriendo se acercó a ella y tomó el maletín que albergaba sus escasas pertenencias.

—Hola, María. Por fin...

—Hola, José... has madrugado mucho.

—No son más que las nueve. Ven, ¿quieres desayunar algo?

—No. Lo hice dentro. Mi última comida... allí —movió ligeramente la cabeza hacia atrás—, las compañeras me han deseado lo mejor de lo mejor —sonrió agradecida—. No ha sido tan malo... ¿sabes?

—Ahora todo eso quedó atrás, María...

—Sí... pero encontré más comprensión dentro que fuera...

—Bien. ¿Regresamos a casa?

—A casa. Sí, todavía tengo mi casa allí en Viladoce... pero no es más que un piso vacío. Y una casa... es algo más que una serie de habitaciones.

Él le abrió la puerta delantera del coche, un 850 coupé, y cuando se acomodó, dio la vuelta, abrió la puerta del conductor, echó el maletín en la trasera, y se puso al volante.

Enfilaron la carretera de La Coruña. Iban en silencio. Mariquiña observaba sorprendida el tráfico de la gran ciudad. Se fijó en la gente presurosa, camino a sus diversas ocupaciones, en la riada de coches que circulaban a su lado o venían de frente. Observó como una novedad a las dependientas de los comercios que adecentaban la entrada de los establecimientos, y en los camareros que ordenaban sillas y mesas a la puerta de los cafés. Todo aquél torrente de vida se le antojaba extraño y ajeno a su habitual actividad en las mañanas de la prisión. Levantarse, ducha, limpieza de la celda, desayuno y... patio... Mientras afuera, se había desarrollado toda aquella febril actividad de las personas libres, vedada para ella y sus compañeras, como si estuviesen fuera del mundo. Lo estaban aunque ninguna denotase, exteriormente, añoranza por todo lo que estaban perdiendo. “Durante ocho años de mi vida —caviló— estuve fuera del mundo...”

—¿Qué proyectos tienes?—, la voz de José la sacó de sus cogitaciones, y la devolvió a su libertad recién estrenada. Ahora, tendría que tomar decisiones.

—No quiero volver a Viladoce... No sé aún lo que haré...

—Pero... creí que...

—Estoy muy agradecida por el interés que me has prestado... Pero no puedo continuar sobrecargando tu buena voluntad. Tú también tienes una vida que vivir.

—Si crees que todos estos años consideré una obligación ocuparme...

—¿Por qué venías a verme una vez al mes durante todos estos años? ¿Crees que no me dí cuenta de tu congoja al creer que estaba allí por hacerte caso?

—Bueno... no es eso. Reconozco que debí ser más precavido y...

—Crees que fui a denunciar a... aquél... ser... porque tú me animaste, ¿no es cierto?

—En cierto sentido... sí, aunque no tengo ningún sentimiento de culpa, porque un delito debe denunciarse siempre... Pero...

—Tú me abriste los ojos... y siempre te lo agradeceré. Me enseñaste que callar ante el abuso y la ofensa gratuita es la peor de las cobardías. Lo que ocurrió después... fue responsabilidad mía, y tú no tuviste

nada que ver. A prisión fui porque le arrebaté la vida a un canalla... que... era un ser humano... Merecí pagar mi delito. Ahora soy libre de nuevo, y tú nada tienes que reprocharte, José.

—No sigas pensando en lo que ya quedó atrás definitivamente, María. Ahora importa encarar el presente y... el futuro...

—Cierto, y estoy obligada a comenzar de nuevo por mis propios medios... Sin ser una carga para ti.

—No eres una carga, María... Nunca lo fuiste.

Ella lo miró agradecida. Y él observó que su rostro conservaba aquella pureza que la prisión no alcanzó a borrarle. Sí, era eso. Su integridad interior se reflejaba en su cara. Se fijó en su perfil, de rasgos lineales y claros. Y, por un momento, deseó que lo mirase de frente para sumergirse en aquellos ojos negros y sinceros que siempre lo anonadaban...

—María... quiero que sepas...

—Que siempre podré contar contigo. Bien lo sé. Pero ahora tengo que valerme por

mí misma. No me consideres desagradecida, pero pienso que el mejor favor que puedo hacerte es desaparecer de tu vida. Bastante has hecho ya. Ni siquiera dejaste de visitarme cuando tu mujer... enfermó... Siempre te lo deberé, José... Tú también has de pensar en ti.

—Es que... yo ya lo tengo todo pensado...

—¿Conoces a alguna mujer que te agrade?
—se notó en su voz un sincero alborozo—
¿Cómo es?

—Bien... no conozco a nadie así...; es decir, puede que sí... pero...

—Aun estáis en período de aproximación, ¿no? —sonrió— Me alegro por ti, José. Aún tienes la vida por delante, y podrás ser feliz, ya lo verás.

—Quería decirte que... podría ayudarte a encontrar trabajo en Astorga. Ya sabes que ahora estoy destinado allí...

—¿Ya eres un jefazo?

—No. Sólo soy subteniente, y creo que ascenderé a alférez el año que viene... Verás, la señora del sargento ayudante, es costu-

rera y tiene con ella a dos aprendizas y... no es la primera vez que le oigo decir al sargento que su mujer se alegraría de contar con una oficiala experimentada porque tiene mucho trabajo... Y si no vas a regresar... allí... podrías probar...

—¡Mi buen José! Siempre pensando en arreglarme la vida... Dime, ¿desde cuándo preparaste este ofrecimiento?

—Yo no preparé nada...surgió... de casualidad.

—Te referías a eso cuando dijiste que lo tenías todo pensado, ¿verdad?

—No... exactamente. Pero tú también tienes que volver a vivir... encontrarás a alguien, y...

—Nunca encontraré a nadie.

—María...

—Yo no puedo olvidar que acabé con una vida. Es una carga demasiado pesada para imponerla a otro. Y... jamás ocultaría mi pasado a la persona que amase, porque no se puede construir una relación sobre la base de un secreto inconfesable.

—Pero... a pesar de todo... alguien puede comenzar a quererte... Y tú no lo puedes impedir...

—Puedo, al menos, evitar convertir a ese supuesto "enamorado", en un desgraciado para el resto de su vida.

Un pesado silencio se instaló entre ellos. La última afirmación de Mariquiña-para Gamallo, ella siempre se llamaría así-tenía carácter definitivo. Se dio cuenta de que ella había tenido mucho tiempo en prisión para medir las consecuencias de su acto. La pena de privación de libertad le había servido para interiorizar que se había tomado la justicia por la mano y cometido una brutalidad superior a la ofensa recibida. Lo había reconocido así, y asimilado que la deuda con la sociedad no quedaba pagada con unos años en la trena. Porque existía una deuda superior que había contraído con ella misma al matar a un ser de su propia especie para encontrar venganza —que no resarcimiento— del perjuicio sufrido. Y eso la convertía en alguien con un estigma perpetuo. Desconfiaba de sí misma.

“¿Quién le decía a ella que si volviese a verse en una situación límite no volvería a

obrar con igual falta de proporcionalidad? Todo esto lo habían hablado durante las visitas que él le hacía en la cárcel. Admiraba su honestidad. Pero... aún no tiene treinta años, y es una buena mujer. Y hermosa... ¿Cómo se va a privar a sí misma de las escasas dulzuras de la existencia? ¿Cómo se va a negar a hacer feliz a otro, a amar y ser amada? ¿Cómo va a vivir el resto de su vida instalada en la completa negación de sí misma? ¿No estaría cometiendo, a la postre, consigo misma una injusticia mucho peor que la que envió a su ofensor al otro barrio? Porque lo cierto es que se estaba condenando a sí misma a morir en vida. Y esa era la peor sentencia que se podía autoinfligir... Y yo... que la amo, estoy condenado a soportar calladamente su martirio que es el mío. No me atrevo a confesarle mis sentimientos. Creerá que estoy tratando de "arreglarle" el futuro, y eso bastará para que se niegue en redondo a considerar mi... declaración de amor sincero. Que ella tomará por compasión, o por asunción de la responsabilidad que ella cree que yo he aceptado por incitarla a oponerse a su humillación. Nada de lo que le pueda decir la sacará del laberinto en que se debate. Sabe que puede amar, quizá tal vez pudo haberlo hecho ya...pero se niega a volver a considerar se-

mejante posibilidad, porque ella sí ha asumido para siempre la huella de la asesina que cree que es. Y no quiere que me asocie a ella, ni siquiera a título de amigo desinteresado, porque piensa que puede perjudicar mi reputación. ¿Y cómo le explico que ya he vivido lo suficiente como para que me importe un rábano mi reputación? Me iría con ella al fin del mundo cuando chasquease los dedos, pero ella no lo haría aunque yo le jurase por vivos y muertos que la amo con toda mi alma. ¿Por qué es tan dura la existencia? ¿Por qué nos ofrece el paraíso y nos condena a la eterna desazón del deseo inalcanzable?”

Miró para ella. Dormitaba con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. La tenía ladeada hacia él. Su rostro ofrecía una serenidad completa. Un mechón de su negra melena velaba su mejilla izquierda. Respiraba suave y dulcemente. Él pensó que no le importaría pasar el resto de su vida velando su sueño. Suspiró y miró al frente. El rectilíneo trazado de la carretera se perdía hasta concluir en un lejano punto en el horizonte.

Tan indescifrable como el propio destino.

FIN

© Gsmiga
es.humanidades.literatura
25/08/2009